

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 16 DE JULIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

## Por la autonomía de Centro América <sup>(1)</sup>

Al Dr. RODOLFO ESPINOSA R.  
Al patriota y al amigo.

### CONCIUDADANOS:

I. Se ha repetido, en diversos momentos históricos, que la Unión Nacional es la causa ÚNICA por la que se debe luchar y morir en Centro América.

Yo soy unionista por las ideas y por el corazón. Lo he sido, con absoluta sinceridad, desde mi infancia: lo seré hasta que muera.

Pero hay entre nosotros una causa más alta que la Unión; más humana, más noble, más trascendental, más digna de ofrendarle la vida: la causa de la Autonomía. Antes de unir debemos existir. Esta es la firme base de todo ideal patriótico. Lo demás es secundario.

II. Solamente los ciegos de espíritu no ven la terrible amenaza que pesa sobre nuestra Patria—y cuando digo patria no me refiero a Honduras sino a Centro América—; solamente los pesimistas abúlicos, los compatriotas cogidos por criminal indiferencia, los que no piensan, los que no leen, los que no viajan, los que no sondean el futuro, no miran levantarse agresiva la despótica garra de hierro, abierta sobre nosotros desde la Casa Blanca de Washington, que de símbolo preclaro de la Libertad, se ha convertido, para las pequeñas nacionalidades del Caribe, en siniestro emblema de destrucción y de muerte.

III. Debo declarar ampliamente que mi campaña de autonomía no va contra el pueblo norteamericano sino contra sus Gobiernos imperialistas, contra sus clases dirigentes, contra sus banqueros rapaces. Dos veces he visitado los Estados Unidos, estudiando su monumental progreso, su vasta capacidad civilizadora, su prepotente energía material, única quizá, en los siglos y en las razas. La formidable

nación que rectificó la Naturaleza partiendo el Continente, y que ha conmovido al mundo con el estruendo de sus vapores y de sus máquinas y de sus fábricas; la tierra pujante del trabajo, sonando victoriosa como una hiperbólica colmena; tierra del invento y del milagro; metálica tierra sudando oro y petróleo; comarca de prodigio, resplandeciente en el apogeo de su gloria y de su poder, produjo en mí, apto para el perfecto juicio sobre los supremos esfuerzos de los hombres, un sentimiento de excepcional admiración.

IV. Por otra parte ¿cómo podré olvidar jamás, yo, que nací poeta hasta la íntima raíz del organismo, con una idiosincrasia propicia a todos los dolores y placeres de la meditación y del pensamiento; que he sentido intensificarse mis años dentro de esta luminosa vocación imperativa, que constituye mi vida entera; cómo podré olvidar jamás que en los Estados Unidos fulguró mágicamente el genio de Poe, el máximo poeta de las Américas, zahorí maravilloso, altísimo soñador de sobrehumanos sueños, que labró su obra en las negras canteras del Misterio y abrió una de las puertas de la Eternidad ante la angustiada incertidumbre humana; y el estro ciclópeo de Walt Whitman, férreo cantor de los vastos elementos, de los truenos y las montañas, del huracán y del mar; vértebra resonante de la Naturaleza, que con su salvaje energía puso voces proféticas en la garganta de los leones e hizo bramar las selvas y gemir en sus versos a las cosas inmóviles; y de Longfellow, impregnado de quimera y de melodía; y de Emerson, el profundo pensador; y de cien domadores de la palabra lírica o de la idea en sus matices múltiples, antiguos y modernos y contemporáneos, entre estos muchos que son mis amigos fraternales en la canción y en el ensueño?

Estos fuertes vínculos de cerebración y de espiritualidad me unen a una parte, quizá la de más valía, del

complejo conglomerado norteamericano; y no es a ese núde o selecto, comprensivo de los verdaderos destinos de su raza, a quien irá nunca el más ligero de mis reproches; ni al pueblo de los Estados Unidos, sano y generoso en su gran mayoría, e ignaro de las drásticas agresiones de sus Gobernantes. No, no es al clásico país, de la libertad, a la República modelo que asombró al universo con sus sencillas prácticas democráticas, cuando la regían los inmortales varones que se llamaron Washington, Jefferson, Lincoln, a la que apostrofo, en nombre de la Justicia, sino a sus Gobiernos de los últimos lustros, que olvidando sus nobles tradiciones, se han convertido en feroces padrastrós de los pueblos débiles.

V. Ningún centroamericano en que vibre la más insignificante emoción de patriotismo, podrá reconocer jamás, el menor derecho, al Gobierno de los Estados Unidos, para inmiscuirse en nuestros asuntos internos. Si, desventuradamente, vivimos con el dicitario en los labios o con el rifle al hombro, destrozándonos como fieros enemigos, con la saña de los gallos de pelea, esto sólo nos incumbe a nosotros y nada le importa de ello a ninguna nación extranjera. Que no se nos diga, cínicamente, que acude en nuestro auxilio por piadosa humanidad, pues lo cierto es que tal ayuda es interesada, nacida de un instinto pirata. Y aun cuando no fuera así, sería ignominiosa para nuestro civismo y atentatoria para nuestra soberanía. Somos nosotros, y solamente nosotros, los que debemos buscar el remedio a nuestros males de ambiente y de raza y no los extraños y los entrometidos.

VI. Tenemos el deber imperativo, dentro de la amplia órbita del derecho y la libertad, de oponernos, con todas las fuerzas de nuestro patriotismo, a la aprobación por el Congreso, no de todos los Pactos de Washington, sino del que lleva firmas norteamericanas—que son humeantes marcas de fuego sobre nuestra piel de hombres libres—y de los artículos que, en algunos de los otros, laceran nuestra autonomía. He estudiado detenidamente esos pactos; y el peligro que encierran está

(1) Este discurso iba a ser leído (al discutirse, en último debate, los Pactos de Washington) en el recinto de la barra del Congreso o en el Parque Morazán.

claro, con transparencia diamantina, para todo el que no ciegue una pasión malsana. No entraré en su análisis porque son hartos conocidos y tenéis de ellos el verdadero concepto.

VII.—Leed la hermosa protesta del patriota guatemalteco Marcial Prem, documento digno de grabarse sobre la blancura gloriosa de los mármoles conmemorativos. Vivirá en los tiempos venideros el nombre de este ciudadano integérrimo, que con el calificativo de grande merece el aplauso vibrante de todos los hombres honrados de Centro América.

VIII. Improbando esos pactos nada habrá perdido Honduras. El temor de que con ello se incurrirá en el disgusto de los Estados Unidos sólo revela ruin cobardía ante los deberes sagrados que impone la Patria. No. Por el contrario, el servilismo atrae desprecio y negación de los derechos ciudadanos; y con un gesto digno, el nombre de la República se alzarán más alto en el criterio de los prohombres de aquel país. El mismo Gobierno temido nos apreciará un poco más, y en la Prensa y en el Senado norteamericanos, donde generosos y amplios espíritus velan por nuestra soberanía—dando una severa lección a los hondureños antipatriotas—encontrará seguro estímulo nuestro proceder. Porque no es a base de pusilanimidad que se forja el alma de las naciones; y porque todo acto de hermosura y de valor encontrará eco simpático en el corazón de los varones ilustres. Y, en todo caso, como dijo hace poco un notable periodista nuestro, «entre ofender a una nación extraña y traicionar a la propia nación, los hombres dignos deben pronunciarse por lo primero».

IX. Aprobando esos pactos—previamente formulados por la Cancillería del Norte—con el pretexto más fútil será colocada Honduras en la misma situación de oprobio en que se halla Nicaragua, nuestra hermana venciada y vilipendiada por la traición de sus malos hijos, y que de República sólo conserva el nombre... irrisorio.

Hace dos años que estuve en Santo Domingo, Haití, Puerto Rico y Panamá, los pequeños países en que se ha cebado implacable la codicia norteamericana. Pude comprobar en ellos hasta la absoluta evidencia, hasta el extremo de que ocultarlo sería un crimen, la crueldad sin ejemplo con que las fuerzas estadounidenses trataron, y aún tratan, a las tres primeras de esas infelices repúblicas, por el único delito de protestar contra el brutal atropello de su territorio y de su libertad. Con palabras cínicas e insultantes carcajadas contestaban a las peticiones más justas. Hombres y mujeres, ancianos y niños, sufrieron las

más viles ofensas de la soldadesca enscherbecida. Flamantes oficiales, de despectivo gesto y venenoso corazón, como a perros hidrófobos cazaron a balazos a los negros en las montañas de Haití. En Puerto Rico se vieron tremendas atrocidades. En Santo Domingo se torturó a varios periodistas que atacaron audazmente el régimen salvaje de los conquistadores.

... Podría hablaros días enteros, sin agotar el horrible tema, de los incalificables abusos y torpes violencias de que han sido y son víctimas aquellos míseros pueblos, aherrojados a un poderío extraño por el odioso imperio de la fuerza bruta, entre la criminal indiferencia de las naciones de nuestra raza.

En verdad los actos de piratería cometidos por los norteamericanos en Panamá y los asesinatos de policiales y destrucción de imprentas en Nicaragua—no olvidéis que el protectorado fué pedido por los Gobiernos de dichos países—son apenas insignificantes irregularidades si se comparan con los afrentosos calvarios que sufren aquellas islas en plena esclavitud. Pero ya serán todas colocadas, como los galeotes de los tiempos antiguos, en el mismo nivel de humillación y de dolor.

X. Cuando oigo ponderar los beneficios que obtendrá Centro América con la apertura del Canal de Nicaragua, una profunda tristeza se apodera de mi espíritu. Pensando con amargura, y con lástima, y con desprecio, en la increíble inconsciencia y en la negativa visión del Futuro de la gran mayoría de mis conciudadanos. ¡Quiera Dios que obstáculos más poderosos que la rapacidad y desatentada ambición del Imperialismo, y que sus vastos depósitos de oro corruptor, impidan, para siempre, la construcción del Canal de Nicaragua!

Porque... oídlo bien y no lo olvidéis nunca: cada golpe de barra en esa obra, para nosotros de falaz espejismo, será, en la concreción inmutable de los destinos de los pueblos, un día menos de libertad para Centro América.

XI. Y lo repito, no se crea, ni por un momento, que yo ataque, en ninguna forma al pueblo norteamericano; que, en compactas multitudes, protesta, en ocasiones solenes, de la violación de las leyes de humanidad y de los crímenes internacionales ejecutados por sus mandatarios. Y no sólo las masas colectivas, fuertes por su volumen numérico, defienden, contra sus propios conductores, nuestra autonomía; sino egregios varones de fama universal en la Prensa, en el Senado, en la Ciencia, en el Arte, en todas las alturas del Derecho, de la magnanimidad y del civismo. De aquí que yo prefiera, entre los oportunos textos que logro reunir para mi quincenario

de propaganda autonomista, *Hispano-América*, aquellos que calzan firmas prestigiosas de ilustres anglo-sajones, que sienten profundas simpatías por nuestras jóvenes repúblicas, y en quienes arden, imperecederos, los supremos ideales de los padres legítimos de la Democracia en América.

XII. El Imperialismo del Norte es un pulpo formidable, cuyos gigantes tentáculos se alargan siniestramente sobre todos los países débiles. México lo ha detenido con su brazo heroico, acostumbrado a manejar con brío el rifle y el machete en los combates sangrientos en que no se da cuartel al invasor. México, llamado gráficamente el Centinela de la Raza, tierra generosa del valor legendario, en donde se castiga con la muerte toda traición a la soberanía, es la muralla incommovible que ha rechazado al pulpo en su voraz intento homicida.

Sin ese obstáculo geográfico hace mucho tiempo que constituiríamos una colonia norteamericana; y no estuviéramos aquí reunidos, todavía en nuestra condición de hombres libres, procurando desviar, con toda la fuerza de nuestro amor patrio, la terrible puñalada que, en la forma de algunos artículos, inofensivos para los traidores, tiró el Imperialismo al corazón de Centro América,—sino en el destierro, llorando con lágrimas de sangre, las humillaciones y las desventuras de nuestra tierra esclavizada.

El conquistador de pueblos, el destructor de libertades, tiene los ojos de Argos, y su famélica zarpa se posa hoy en un punto, y mañana en un kilómetro cuadrado, y al otro día en toda la extensión de una comarca. Comienza por atrapar un dedo, sonriendo amistosamente; después la mano, luego el brazo; y enseguida, de improviso os echa la garra al cuello y os destroza sin piedad. Es multiforme, es un Proteo siniestro; y se aprovecha de todas las circunstancias, y de todos los errores de los pueblos que codicia. Juega con ellos, hipócritamente, como el gato con el ratón; les halaga, les da esperanza de libertad, les deslumbra con sus montañas de oro, y de pronto, de un golpe certero y terrible, les arranca las entrañas.

No deben jamás estas Repúblicas, por ningún motivo, darle prenda alguna, porque mañana se convertirá en la espada de Damocles. Si nuestros Gobernantes tuvieran más clara visión del futuro, no mandarían bequistas a colegios y universidades de Estados Unidos, porque muchos de ellos—no todos, pues pudiera citar excepciones honrosísimas,—se convierten en panegiristas de la fuerza opresora de aquella nación, en ciegos admiradores de su política, y, lo que es todavía peor, en despreciadores de su patria por

pobre y por pequeña. Si lo que se desea es dar a nuestros conciudadanos una educación práctica diferente a la que se recibe en países de nuestra raza, que se les envíe a Inglaterra, nación que no constituye una amenaza para nuestra autonomía y en donde se forjan los hombres de negocios y los caballeros.

XIII. Es tiempo ya de que se ponga término a las escandalosas concesiones de tierras, parcialmente acordadas en favor de personas en lo general ávidas de hacer fortuna a toda costa; o que se exprese, de manera terminante, que dichas concesiones no podrán nunca ser traspasadas a compañías extranjeras. Tal como reza la ley mexicana.

XIV. Los hondureños que, sin ningún propósito de explotarlas personalmente, solicitaron y obtuvieron grandes extensiones de terrenos para venderlas al futuro conquistador, han cometido un delito de lesa patria.

XV. Conozco algunos hombres pueriles en los cinco fragmentos centroamericanos, hombres pueriles ya contaminados con el veneno de la traición, para quienes todo nuestro porvenir colectivo está concentrado en los progresos materiales, en la transformación mecánica de estos países por medio del oro del Norte; sin darles importancia alguna a los grandes valores humanos, la soberanía, la libertad, el derecho, que estarán siempre, pese a los malvados, por encima de toda finalidad grosera y egoísta. Desearían cambiar lo que nos es más caro, la autonomía de la República, por esos ilusorios adelantos prácticos de los que ni siquiera se beneficiarían. Pues las fábricas, y caminos férreos y compañías de vapores y construcción de ciudades y todo lo que constituye, en su base primordial, el progreso moderno, sería del conquistador. Y ¿qué ganaríamos, aún materialmente, aún olvidando el negro origen de la transformación, qué ganaríamos, por ejemplo, con ver nuestras pérdidas tierras repletas de hombres rubios, con ver sustituidas las viejas casas humildes de Tegucigalpa por imponentes palacios de hierro, por fastuosas residencias de mármol, si no son nuestros, si son del orgulloso magnate extranjero que a puntapiés hará arrojar de su puerta al mendigo hondureño que solicite un mendrugo?

XVI. ¡Qué haya paz!—gritan esos espíritus superficiales, aunque sea la paz de la muerte, la paz de la vergüenza pública, la paz del esclavo que no levanta la voz ante su verdugo, la paz humilante más oprobiosa mil veces que la más sangrienta de nuestras revoluciones. Que haya oro y paz desean esos miserables, aunque la autonomía patria se hunda para siempre

en el más inmundo de los estercoleros; aunque los centroamericanos dignos vaguen como parias por los duros exilios, sin amor y sin hogar, escupidos y vejados por los sayones de la conquista.

XVII. Si el Congreso resolviera someter a un plebiscito los tratados que se discuten, y que constituyen el asunto más grave y trascendental de que han tenido conocimiento las cámaras hondureñas en el lapso de un siglo, tengo absoluta certeza de que serían rechazados con 999 votos por millar en la votación libre de toda la República.

Ese 1 por millar es el que pone un amargo dolor en mi corazón... ¿Cómo es posible que haya hondureños que deseen la muerte de Honduras como nación soberana? ¿Cómo es posible que anhelan para la madre, empobrecida y angustiada, el látigo del extranjero? Es doloroso, es horrible pensar en esto, compatriotas; pero es cierto, con certidumbre que espanta, que ya germina en nuestro país la maldita semilla de la traición que tan tremendos frutos de oprobio ha dado en Nicaragua. Yo no pediría, en la serenidad de mi experiencia, como el griego legendario, que se ahorcara en la plaza pública a los convictos, plenamente, de traición a la patria. ¡No! Son nuestros hermanos, caídos en el más vergonzoso de los errores; pero aun pueden alzarse iluminados por la Verdad. Que abran los ojos, que abran el corazón endurecido antes de que el terrible mal sea irremediable; antes de que mancille nuestra tierra la ferrada bota del invasor, antes de que veamos nuestro amado pabellón azul y blanco abatido humildemente ante el orgulloso flamear de una bandera conquistadora.

XVIII. No permitamos semejantes ignominias. Levantémonos, en poderoso y unánime ímpetu, hoy, que aun es tiempo, en defensa de Honduras.

Sigamos, si así lo quiere el adverso destino, en nuestras abominables luchas fratricidas, antes que acogernos, mansamente, vilmente, a una paz afrentosa, al amparo de un pabellón extraño. Prefiramos, un millón de veces, nuestro atraso, nuestra abulia, todo lo obscuro de nuestro porvenir, a perder, por un fermentado progreso, el don supremo, el mayor y más inestimable de los dones, el divino don de la Libertad, gozado ampliamente en plena patria luminosa y bella.

Prefiramos un millón de veces — permitid esta hipérbole a mi patriotismo —

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

prefiramos los más brutales déspotas en el Poder Público de Honduras; los Gobernantes más ladrones, y más estúpidos, y más sanguinarios, los peores entre los peores de los hombres, siendo hondureños, es decir, hermanos nuestros, al sedoso e hipócrita Gobernador norteamericano, de mano blanca y fina y enguantada, altanero y sonriente y despectivo en lo alto del palacio de hierro, imperando sobre manadas de esclavos, sin honor y sin bandera... y ya sin esperanza, ni la más remota, de rehabilitación en el mañana...

*¡Antes que esto sucediera sería mejor que un súbito terremoto borrara del mapa, en un pavoroso segundo, la tierra de Centro América!*

Compatriotas que ocupáis asiento en el Congreso de la República, en esta hora suprema en el cuadrante de nuestro Destino; una grave responsabilidad pesa sobre vosotros: medita bien lo que hacéis. O autonomistas o traidores: así quedaréis señalados para siempre. Escoged. Os lo demando por lo que hay de más sagrado en el corazón de los hombres: no dejéis sin patria a las generaciones del mañana. No expongáis, por falsos mirajes, a nuestra querida Honduras, a ser pasto de la rapacidad extranjera. Evitando así que caigan sobre vuestros nombres — como caen y caerán sobre los traidores nicaragüenses — las tremendas maldiciones de la Historia.

XIX. Centroamericanos:

Enderecemos hacia las máximas alturas nuestras más vibrantes energías de hombres libres; execrando a los pesimistas antipatriotas, que carecen de vergüenza cívica; y uniéndonos con los fuertes, con los constructores de voluntad, con los varones íntegros por el valor y por el carácter. No pongamos jamás el más pequeño grano de arena en la obra oprobiosa que intenta levantar en nuestra tierra el invasor. No cometamos la infamia de tender el cuello para que nos remache la cadena del esclavo.

Si la artera Conquista avanza ciegamente sobre nosotros con su prepotencia arrolladora, que nos halle de pie, altivos sobre el pedestal de nuestro derecho; y que pase como un huracán de fuego, sembrando para siempre la muerte sobre nuestros campos y ciudades, sin que nuestras manos se tiendan implorantes y sin que marque nuestra conciencia el sello de la ignominia por haber cedido, en ninguna forma, a las dádivas malditas del invasor y haber pactado sobre la eterna ruina moral de nuestra Patria.

¡Abajo los Tratados, compatriotas!

¡Viva Centro América libre!

FROYLÁN TURCIOS

(Hispano-América, Tegucigalpa).

# Glosas

EL ARTE NUEVO NO ES  
UN NUEVO RICO.

SIEMPRE las revoluciones más eficaces gustaron de presentarse como reacciones: en la panoplia de su novedad abundan las armas del recuerdo. El Renacimiento se ampara en el mundo antiguo; el Romanticismo, en la Edad Media. La reforma protestante tiene a la vista la pureza del cristianismo primitivo, y la Revolución francesa, las virtudes de la Roma republicana y de la ruda Lacedemonia.

También lo que se ha llamado «Arte nuevo» aspira a significar una continuación. Sabe que—según el decir de Octavio de Romeu—«todo lo que no es tradición es plagio»; por eso escoge a sus propios clásicos, y, para darse un origen, monta, con cierto artificio y no poco esfuerzo alguna vez, una verdadera galería de retratos de familia.

Aquí, en la primera fila, están los padres: Cézanne, Seurat. Luego, la fila de los abuelos: Ingres, acaso el mismo David. Más arriba, los grandes antepasados lejanos: Poussin, o Fouquet, o Paolo Ucello. Y también, entre tan ilustres Penates, alguno de rama lateral: un Chardin o los hermanos Le Nain, de gloria veterana y de moda recién nacida.

## LOS HERMANOS LE NAIN.

COMO, a pesar de aquella gloria, los Le Nain, eran, en realidad, muy poco conocidos, una Exposición de obras de Luis y de Mateo (Antonio, el mayor, ha sido dejado aparte), celebrada recientemente en París, casi no ha debido de parecer una retrospectiva.

Con sabores de novedad golosa, habrá divertido a las gentes su cezanismo profético. Este, a decir verdad, se limita a los fragmentos de bodegón, y es, incluso en ellos, un poco superficial: acaso se cifra, más que en nada, en el parecido temático del mantel con sus pliegues, de la jarra rústica y del par de pomos de agraces... Pero otro vínculo, más hondo sin duda, ha venido a unir a estos sabrosos maestros picardos del XVII, no limitadamente con Cézanne, sino con un apetito general de la vida estética contemporánea.

Los Le Nain, en una época aparatosa, en pleno siglo de la retórica y del conceptismo—a la hora de Cornille, al día siguiente del Concilio de Trento—, glosan en su pintura *el amor de las cosas*—el amor a las cosas concretas, sólidas, usuales, cotidianas, manuales—, la exaltación, casi táctil,

por calidades y resistencias. Son unos místicos de la «mística manual», como diría Pierre Hamp. Las formas exactas de los platos y de las cucharas, de las ruedas de carro y de los dados de jugar, les han encantado. El pan, el pan con sus moldes y tajadas, parece tener para ellos la significación poética profunda que para un José Pijoán o un Guerra Junqueiro. Si no alcanzan al regodeo delicado a que más tarde llegará Chardin, en sus estudios de «naturaleza muerta», ya dejan muy atrás a los pintores de los Países Bajos, demasiados fieles a la significación y a la anécdota, para saborear, con sentidos inteligentes, los placeres que, por su forma, y color, y calidad nos proporcionan las cosas en sí mismas.

## SU REVOLUCION.

POR eso eran tan revolucionarios los Le Nain, no por lo que han supuesto quienes—con el recuerdo de una página de la Bruyère en la cabeza—quieren hacerlos pasar por unos precursores de Baumarchais, por unos partidarios de «el pueblo contra los señores». Pese a Champfleury y a toda la crítica del naturalismo, la ruralidad, la miseria aldeana, la vida del campo, la humildad del estiércol y de las faenas, nada tienen aquí de esencial. Un crítico competente, M. Paul Jamot, ha precisado, a este respecto, la compensación que significan, en la obra de nuestros pintores, ciertos cuadros de asunto aristocrático, como la *Danza de niños*, de mano del tercer Le Nain, de Mateo, y que se encuentra en la colección Sambón.

En otro cuadro de la misma colección, y que M. Jamot ha propuesto que se llamara *El jardinero*, éste, el personaje rústico, ofrece una rosa a una dama elegante, sentada a una mesa de toscos manteles. No se sabe si la escena se ha figurado en la coci-

na de la casa de la señora, a donde haya acudido el jardinero tal vez para rendir las cuentas, o bien en la casa misma del plebeyo, donde la señora esté de visita... ¿Qué importa? La rosa, en una y otra versión, es la misma. Y a la dama, y al jardinero, y a Mateo Le Nain, y a nosotros mismos, desganados de fáciles sociologías, lo que nos interesa en el cuadro es, precisamente, la rosa.

## DONDE SE HABLA TAMBIEN DE MURILLO.

Dos rápidas observaciones todavía, al margen de la Exposición de los Le Nain. Una, que ahora la verdadera revelación la ha constituido, entre los tres hermanos, Mateo. Era el más ignoto. Parece ser el más potente. Este juicio, sin embargo, está sujeto a revisión: la mano de cada uno de los Le Nain no se distingue siempre con comodidad y el *suum cuique* resulta difícil.

Otra observación, que interesa a la pintura española, nos ocurre ante el éxito de estos maestros franceses: que tal vez sería hora oportuna para intentar una vindicación de Murillo, desde el punto de vista de una estética análoga a la que hoy favorece a la gloria de los Le Nain... Hay dos Murillos, la cosa es sabida: el mórbido y grandilocuente y el popular y picaresco; el de la ópera italiana y el del sainete andaluz; a veces, mitad y mitad en el mismo cuadro. El primero en salsa de alabanzas, había llegado a empalagarnos un poco. Convendría ver si hemos apreciado con justicia al segundo. Convendría ver si «las cosas», los objetos sólidos, son menos sabrosos sobre la mesa del comedor del jardinero que sobre la mesa de carpintero de San José; y menos tierno el melón encontrado entre las basuras de Sevilla, que el pan distribuido por obra y tajo de una cuchilla picarda.

EUGENIO D'ORS

I. C., Madrid.

Ya se ha puesto a la venta

## El Delfín de Corubici

Visión de Nicoya antes de la Conquista española, escrita para nuestros niños por

— Don ANASTASIO ALFARO —

Precio del ejemplar . . . C 2.00

En 12 ejps. se da un 20% de comisión

Dirigirse a la Administración del  
REPERTORIO AMERICANO

# Los amigos de Galdós

EN Toledo—si no ahí, ¿dónde?—se puso el domingo la primera piedra, sin bendiciones, sin requilorios solemnes, sencillamente, como a Galdós le hubiera placido, de la sociedad o hermandad que rinde amistad después de la muerte del amigo.

Es costumbre sepultar con la piedra angular de un monumento medallas, monedas, periódicos y un documento firmado por los concurrentes. ¿Qué se enterró el domingo en Toledo? Nada que pudiera ser tomado como nido de urracas; fueron sepultados prejuicios y con ellos un refrán y un dicho que el malévolo, egoísta y socarrón pre-juizar tienen por sillar o fundamento. Muy hondo se soterró el bellaco: «A muertos y a idos no hay amigos». ¿No ha de haberlos? En Toledo estuvieron, ya en presencia, ya en telegráficas o epistolares adhesiones, hasta medio centenar de amigos de Galdós, enterradores de ese adagio y de la burlesca exclamación: «¡Qué amigos tienes, Benito!»

Se convocó por medio de la carta-circular que creo merece ser publicada, y que dice de esta manera:

«Madrid, 9 de abril de 1923.

Señor don...

Querido amigo: Deseamos que algunos de los más señalados amigos de Galdós—amigos de su espíritu, devotos de su obra—nos aproximemos en una especie de fraternidad comunicativa, y que esta comunicación dé por fruto alguna obra común por donde se enaltezca y reavive la memoria del maestro.

Hemos hecho notar una lápida austera, con una epigrafía memorial, en la casa toledana que Galdós habitó a tiempo en que trató, íntimo y constante, con los personajes novelescos de su propia creación; no por ideales menos vivos y corpóreos, se apercebía a perpetuarlos, y con ellos, a la gran urbe milenaria, en ese poema moderno que se titula *Angel Guerra*.

El próximo domingo, día 15, saldremos de Madrid para Toledo en el tren de las ocho en punto de la mañana. Allí, agrupados, nos dirigiremos a descubrir la lápida: un simple acto de reverencia, recatada y entrañable, recordando que Galdós, tanto como en las posibilidades maravillosas de la palabra escrita, nos adoctrinó en la majestad del silencio oral.

Luego nos reuniremos en una refeción de veraz amiganza en el culto al maestro; colaboraremos en definir nuestros propósitos venideros; y al estrecharnos todos en concordia las manos, quedará asentada nuestra comunidad de *Los Amigos de Galdós*. No dudamos que usted nos honrará con su compañía y su consejo.

Como es preciso conocer de antemano el número aproximado de los que hemos de ir, le rogamos nos conteste tan pronto como le sea posible si podemos contar con usted.

Con la consideración más distinguida

de sus amigos, José Hurtado de Mendoza, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala».

Y el pasado domingo, a las diez y minutos de la mañana, en la espiritualmente considerada Plaza Mayor de España, en el Zocodober. De allí, a la plaza del Ayuntamiento, y de esta plaza, a la calle de Santa Isabel, a descubrir la lápida, bellamente esculpida; la elegante leyenda. En la casa donde se ha puesto había una hospedería o casa de huéspedes, y allí se alojó Galdós, y allí escribió *Angel Guerra*. Ni voceros, ni música, ni enlevitados caballeros; *los amigos*, y el gobernador y el alcalde de Toledo, más como amigos que a título de autoridades. Tiró del cordón el sobrino de *Don Benito*; el Sr. D. José Hurtado de Mendoza, que tanto le recuerda, así en lo físico cual en no pocas ni pequeñas condiciones morales, descubrió la lápida; vitoreó a Galdós, a Toledo y a España el gobernador, y el apóstol predilecto, el San Juan bien amado del maestro, apoyada la espalda en la pared como un hidalgo que pela la pava, leyó unas bien pensadas y bien escritas cuartillas, que centuplicaron la ya permanente emoción de aquel grupo de amigos.

El aire diáfano de Toledo, su claro cielo, muy alto y muy azul; el sol brillante, las flores que adornaban algunos balcones y ventanas de la calle; los pájaros que revoloteaban y piaban en lo alto, como chicuelos, y los chilillos que, como pájaros, chillaban, pugnaban por ver y oír, no se estaban quietos un momento, ignorantes de que ellos—hijos de los hombres, que alegran la vida—constituyen en toda fiesta galdosiana el primer personaje; la calle, más ancha de lo que suelen ser las vías toledanas; rostros de bellas toledanas en los miradores; alguna vieja—en Toledo y en Sevilla, las mujeres viejas son simpáticas, se parecen a la Santa Ana del Greco y de Murillo—, algún clérigo curioso y algún caballero alumno de la Academia, curioso también, formaban un ambiente, un ilustre senado, un escenario y unos espectadores dignos del amador de Toledo, del autor de *Angel Guerra*.

Allí D. José, el deudo y fraternal amigo; allí Victoriano, el secretario, escudero y amigo también; allí Paco, el fiel lazarillo; allí Matos y los Mejías, paisanos de Canarias; allí novelistas que a gala tienen el ser llamados discípulos: López Roberts, Pérez de Ayala, Répide, Insúa, Catá; críticos como los insignes Gómez de Barquero y Manuel Bueno; el burlón sentimental, el subversivo respetuoso con lo

respetable, Luis de Tapia; la *Facultad*, como él llamaba cariñosamente a Gregorio Marañón; los pintores Vázquez Díaz y Bartolozzi; los críticos de Bellas Artes, Francés y Alcántara; el imponderable arreglador al teatro de *El amigo Manso*, señor Acebal; los jueces honorarios de Toledo, Sres. Hoyos Sáinz y Angel Vegue... Todos allí. No faltaba más que D. Benito. Pero ¿faltó? Evocó su espíritu Ramón Pérez de Ayala en conceptos que sublimes parecieron a cuantos los escucharon, y la emoción que agitó las almas dijérase provocada por el soplo de aquel espíritu inmortal.

Los amigos de Galdós, preocupados y conmovidos por lo que habían oído leer a Pérez de Ayala, desfilaron en silencio, y como si acordaran tácitamente no profanar en este día la gran ciudad, fuéronse a las afueras, junto a las ruinas del circo romano y del Hospital Tavera, designaron a los señores Mercadal, González Blanco (Don Andrés) y Marquina (D. Rafael), como secretarios; repartieron trabajos, recordaron obras de Galdós, evocaron su figura y marcharon a los Cigarrales, descansando unos momentos en el artístico del doctor Marañón. Y de allí, a la estación, no sin dar vista al parador de las Almas, que en la novela toledana de Galdós figura.

Este fué el acto inaugural de una Asociación nueva en España: la de Los Amigos de Galdós.

Tiene dos significados educadores del pueblo español: el uno consiste en la mutua tolerancia; el otro, en la adhesión póstuma y perfectamente desinteresada a un ingenio preclaro, a un escritor, a un artista. Ambas significaciones son raras en España. Es todavía más rara la primera que la segunda. Aunque no sea más que por vanidad, ya nacional, ya regional, ya local, ya de escuela o de partido, solemos pronunciar con dejo admirativo el nombre de un egregio escritor, aunque desconozcamos sus libros. Estos amigos de Galdós quieren releer los libros del maestro y despertar en los más rudos o descuidados las ganas de leerlos. Quieren que viva el escritor, ya que es imposible conservar vivo al hombre.

Es achaque muy nacional el rehusar tributo cariñoso, admirativo, al genio que no en todo y por completo se amolde a nuestras creencias e ideas y aun a nuestros caprichos. ¿Fué en vida religioso? Los heterodoxos le repudiarán. ¿No fué en sus escritos ortodoxo purísimo? Le maldecirán casi todos los fieles y todos los fariseos. ¿Fué republicano? Los monárquicos le desdeñarán. ¿Fué monárquico? Los republicanos se apartarán, hostiles, de todo homenaje. Si escritor romántico, le rechazarán clásicos, realistas y ma-

terialistas. Ni aun en el culto a las glorias más puras, las de la inteligencia, somos tolerantes. El laditutelamiento es aquí pecado hasta para los que presumen de ser descreídos, librepensadores y espíritus fuertes. Nadie puede llamar suyo a Galdós. En su luminoso espíritu hay tanta luz, que ciega a algunos. En su ideología hay delicados matices. En totalidad, nadie puede estar conforme, de acuerdo en absoluto. Y, sin embargo, hombres de muy distintas confesiones, doctrinas y escuelas estéticas forman en Los Amigos de Galdós. Común a todos los hombres debe ser la simpatía admirativa, el espíritu de justicia (tal y como lo analizó Pérez de Ayala) y a la bon-

dadosa propensión educadora del maestro. Justicia, bondad y belleza son los lemas del escudo galdosino. Y si al hombre le rinde esa trinidad, al español debe atronarle el sano hondo españolismo del maestro, y a la mujer seducirla el respeto que por la mujer demostró en sus obras, y a los niños, alegrarlos el saber que este autor les dió libre entrada en la literatura española, que invadieron riendo, saltando y haciendo mil endiabladas travesuras, con las cuales hacían sonreír gozoso, cual a un dios, al maestro, a don Benito Pérez Galdós.

ROBERTO CASTROVIDO

(La Voz, Madrid).

# Caperucita Roja

(Fantasía escénica)

## Tercera Parte

En la misma habitación, a media noche. La abuela, con la cabeza caída sobre el pecho y la cofia torcida hacia el lado izquierdo, duerme en su silla de paja. También duerme Caperucita con un brazo fuera de las cobijas. El perro, en dos patas, forcejea por quitar la tranca de la puerta y descorrer la aldaba. Lo consigue al fin y abre una rendija pequeña, por la cual asoma el hocico afuera, diciendo:

—Ya está. ¡Lo que me ha costado! En mi caseta no hay, por suerte, estos embelecocos y me falta la costumbre de... No hagáis ruido y procurad haceros angostos al pasar para no abrir una rendija demasiado grande, pues el aire frío dañaría a mi amita.

(Se aparta y entran en puntas de pie, el lobo, Barba de Plata, la Gigantona, Gajo del Sauce, el Vendedor de Arena y el Hada del Bosque. Todos, con mil precauciones, avanzan hacia la camita de la niña y se sitúan a su alrededor, cuchicheando, sonriendo con cariño, inclinándose amorosamente hacia ella).

LA GIGANTONA. — Arenero: pon gruesas piedrezuelas sobre los párpados de la madre y la abuela, no sea que despierten.

EL VENDEDOR DE ARENA. — Bueno, «pequeña». Ayúdame tú a bajar este saco. Está lleno y pesa... Con el deseo de venir a ver a la niñita, no hice mi tarea esta noche. Casi toda la gente del mundo va a pasar sin dormir, a pesar de que el Cansancio y el Vino, mis auxiliares, algo habrán hecho...

(Mientras desamarra el saco charlotea, bajito):

—Pero el sueño que ellos dan no es como éstos ¿eh? Pedruscos de buena ley, mi «pequeña» Gigantona.

(Toma un puñado de ellos y pregunta a su inmensa amiga):

—¿Cuáles?

LA GIGANTONA. — (Impaciente). Los más gruesos, viejo charlatán, apresúrate.

(El Arenero inclina hacia atrás, suavemente, la cabeza de la abuela y pone sobre sus ojos dos piedrecitas blancas).

EL VENDEDOR DE ARENA. — (Malicioso). Ahora soñará que tiene 20 años y que anda de novia con un buen mozo. ¡Veréis qué cara pone!

(El viejecillo va hacia la cama de señora Martina, se mete entre las cortinas y luego sale, restregándose las manos).

EL ARENERO. — A la señora Martina le puse dos grandulones pedruscos dorados. Esta noche va a hacer negocios a granel y a realizargan ancias fabusas.

(Todos ríen).

EL HADA. — (Con gracia). Sí, reís, reís, porque bien sabéis que nuestra Caperucita sólo tiene un inofensivo sarampión. Pero había que veros la cara hace un par de horas...

LA BRUJA. — ¿Nosotros solos, Flor de Maravilla?

EL HADA. — ¡Ay, pobre chiquita, cuánto la queremos!

BARBA DE PLATA. — (Enternecido). ¡Mi nietecita! Está con los carrillos como si se hubiera embadurnado toda con moras maduras. ¡Pícara enfermedad!

LA GIGANTONA. — Despiértala, Arenero. ¡Veréis qué contenta se pone al vernos!

EL HADA. — (Con inquietud). ¿No le hará daño?

LA ABUELA. — (Entre encías y con visajes de cómica finura). Sois muy amable, Francisco Gontrán... ¡Ay, qué hermosas flores! ¿Por qué os habéis molestado?

(Todos, riendo, vuelven la cabeza hacia ella).

EL ARENERO. — (Triunfante). ¿No os lo dije?

LA GIGANTONA. — Sopla los ojitos de la niña, viejo.

(El Vendedor de Arena se inclina hacia la pequeña enferma y sopla suavemente sobre sus párpados).

CAPERUCITA. — (Despertando a medias). Tengo calor... Quiero agua, madre.

BARBA DE PLATA. — Hijita... hijita...

CAPERUCITA. — (Despertando del todo). ¡Oooh!

TODOS A LA VEZ. — ¡Niña querida! — ¡Nuestra amiguita!

— Hemos venido a verte.

— Y te traemos regalos...

— ¿Estás mejor, no te duele nada?

EL PERRO. — Yo, yo les abrí la puerta, amita. ¿Eh? Decid vosotros: ¿no es cierto que fui yo? ¿No es cierto? Y yo les avisé que estabas enferma, amita. ¿No es verdad que fui yo? Decid vosotros: ¿no es verdad? ¡Amita mía, mi amita!

LA GIGANTONA. — Sí, sí, fuiste tú, torbellino. ¿Quién lo niega? Sosiégate, que vas a cansarla.

EL PERRO. — Yo, cansarla... ¡Vieja torre!

BARBA DE PLATA. — ¿Vais a reñir ahora?

LA GIGANTONA. — El...

EL PERRO. — Ella...

BARBA DE PLATA. — Parecéis chiquillos. Oye, Vigilante: ponte quieto, ¿eh? Sé generoso; tú puedes ver a la niña a todas horas. En cambio, nosotros... Tú eres inteligente y noble...

(El perro lame la mano de Caperucita y, tocado en sus buenos sentimientos, capitula y va, aunque rezongando entre dientes, a echarse junto a la puerta. Mientras tanto, Caperucita se ha incorporado con sigilo, y el Hada y la Bruja la arropan cuidadosamente).

CAPERUCITA. — Me duele la garganta...

TODOS. — ¡Pobrecilla!

— ¡Mucho?

— No te destapes, hijita.

CAPERUCITA. — Ahora estoy mucho mejor. Pero esta mañana... ¡Uy!

SEÑORA MARTINA. — (A gritos). ¿Un puerquito por un canasto de uvas?... Está usted loca, madre Samblet. Para tanto...

CAPERUCITA.—(*Inquieta*). ¿Qué es? ¿Qué le pasa a mi madrecita?

(Todos le cuentan la hazafia del Arenero, esforzándose por hacerla reír. De vez en cuando la niña tose levemente.)

LA ABUELA.—(*Con remilgue*). Un rizo mío... Bien, Francisco... lo tendrá usted a condición de que...

(Concluye con voz ininteligible. Risa general.)

CAPERUCITA.— ¡Pobre abuela! Si apenas le queda cabello... (*Con pequeña confusión*). Me dijisteis... que todos me traíais regalos... ¿Es cierto?

TODOS.—(*Alegres*). Sí, sí.

(La Gigantona se desabrocha la chaqueta y saca del seno una estrella que brilla con todos los colores.)

CAPERUCITA.—(*Tendiendo las manos*). Gracias, gracias, Gigantona!

LA BRUJA.—Cuidado, hijita; no te desabrigues.

LA GIGANTONA.—Esta estrella cayó anoche sobre la copa del olmo en cuyo tronco tengo mi casa. La muy curiosa quiso ver lo que pasaba en la tierra y perdió el equilibrio. La recogí en seguida, pensando en mi niñita...

BARBA DE PLATA.—Yo (*Saca de su gran bolsillo una arduilla pequeña, maniatada*) le traigo a mi nietita este pichón de ardilla para que la domestique y juegue con ella... Estos animalitos son muy graciosos.

CAPERUCITA.— ¡Qué preciosura! Ven, encanto. Te haré una capita de terciopelo para que no sientas frío!

(La Bruja extrae de debajo del manto un globo de vidrio blanco, lleno de agua, en la cual nadan pececitos de todos colores: rojos, dorados, azules...)

LA BRUJA.—Recogí esto, para mi nietecita, en un lago que hay al otro lado del país, entre las montañas...

CAPERUCITA.—(*Maravillada*). ¡Oooy! ¡Gajo de Sauce, qué cosa tan linda me traes!

EL HADA.—Ahora me toca el turno a mí. Veremos si mi regalo le gusta también a la niñita querida.

(Del bolsillo de su vestido de raso blanco, bordado de oro, Flor de Maravilla saca lentamente un paquete atado con cintas azules. Caperucita, impaciente, lo toma, deshaciendo la moña. Todos se inclinan, curiosos, a ver qué es lo que hay allí, dentro de la cajita de sándalo, primorosamente esculpida.)

EXCLAMACIÓN GENERAL.— ¡Oooh!

(Por la cama ruedan brillantes, rubíes, esmeraldas, topacios, en regueros deslumbradores.)

EL HADA.—Perteneían al tesoro de Barba Azul. De su arca de oro tomé

un gran puñado para que sirvan de dote a Caperucita, cuando crezca y se case. Guarda bien esas piedras, hijita. Ahora te parecen hermosas, tan sólo. Cuando seas grande, verás que con el valor de ellas puedes, si eres tan buena como ahora, ser rica y feliz.

BARBA DE PLATA.—(*Tristemente*). ¡El pobre pichoncito de ardilla!

LA BRUJA DEL RÍO.—Flor de Maravilla ha traído a la niña el regalo más rico. Pero cada uno hace la ofrenda que está al alcance de sus fuerzas.

EL HADA.—Claro, claro... Vale más la buena voluntad que la riqueza. Y como todos tenemos para Caperucita el mismo deseo de mimarla, no hay regalo más pobre ni regalo más rico.

(Entretanto, Caperucita, con ayuda del Arenero y la Gigantona, ha juntado las piedras preciosas, desparamadas por la cama, guardándolas otra vez en el pequeño cofre.)

EL ARENERO.—(*Enderezándose*). Ahora, el viejo, ¿verdad, hijita? Veamos qué trae en su bolsillón...

(Guiñando maliciosamente los ojos, saca con lentitud, del inmenso bolsillo de su hopalanda, una muñeca vestida de raso rosa, salpicada de lentejuelas.)

CAPERUCITA.—(*Agitando las manos, desesperada de impaciencia*). Dádmela, dádmela... ¡Oh, qué hermosa! Y se duerme... Y saca la lengüecita... ¡Arenero de mi corazón!... Arroró mi niña. (*La mece*).

EL ARENERO.—¿Le gusta a la reinita? De las alforjas de los Reyes Magos, que ya vienen en viaje hacia el mundo, la tomé anoche, mientras Melchor, Gaspar y Baltasar dormían junto a sus camellos cargados de juguetes.

CAPERUCITA.—¿Traían muchos, Arenero?

EL ARENERO.—Millares y millares.

CAPERUCITA.—(*Titubeando*). ¡Ah! Y...

EL ARENERO.—(*Haciendo un guiño a los demás, que sonrían*). Y...

CAPERUCITA.—Y... este... Arenero... ¿Esta muñeca no tiene madre, abuela e hijita?

EL ARENERO.—(*Con franca risa*). ¡Sí que tiene! Caperucita (*De soslayo*). ¡Ay, pobrecilla, tener que venir solita... Siquiera tuviera su hijita que la acompañase!...

(Risa general. Entretanto, el lobo pasa inadvertido, acurrucado a los pies de la cama, silencioso y taciturno. La Gigantona se vuelve hacia él y le pregunta con extrañeza:)

—¿Y usted, señor lobo, qué le trae a la niña?

CAPERUCITA.—Es cierto, lobo, faltas tú. ¿Qué me traes?

(El lobo se levanta con aire confu-

so, vacila un momento y luego responde tristemente:)

—No tengo nada que darte, Caperucita mía. Soy tan miserable... Todos te han regalado cosas muy hermosas. Yo inútilmente busqué algo que traerte por toda la campiña y todo el bosque. No tengo nada más que ofrendarte, sino mi firme resolución de ser bueno, mi arrepentimiento hondísimo por todo el mal que he hecho...

CAPERUCITA.—(*Tendiéndole los brazos, de los que rueda, olvidada, la bella muñeca*). ¡Lobo, lobo de mi corazón! (*Todos lagrimean, conmovidos*).

EL HADA.—Lobo: ¡tú le has hecho el regalo mejor y más valioso a la niña!

(En ese momento, la abuela hace un movimiento brusco, se inclina como quien esquiva un beso y ruedan las piedrecitas que cerraban sus párpados, y despierta balbuciendo:)

—Francisco: sea usted prudente...

(Al ver dentro del cuarto a tales y tan extraños visitantes, se pone en pie, restregándose, despavorida, los ojos. Pero Barba de Plata le impone silencio con un gesto y le da explicaciones que la tranquilizan.)

BARBA DE PLATA.—No se asuste, abuela. Somos los habitantes encantados del bosque, que amamos a Caperucita, por bondadosa y compasiva, como si fuera hija nuestra. El lobo fué quien llamó anoche al médico. Gajo de Sauce, la que puso en la alacena de la cocina el atado de borraja para su té, pues el que recogió en la primavera la señora Martina se lo habían comido los ratones. El Hada del Bosque se ha llevado, desde el anoche, imponiendo silencio a los duendes del viento y de la lluvia para que la niñita no sintiera ruidos que le aumentasen la fiebre... Y la Gigantona ha andado desalada en torno de la casa, para tener a cada rato noticias de nuestra amiguita...

LA ABUELA.—Bien, bien, me alegro de conocerlos, y os doy las gracias.

CAPERUCITA.—Enseñad a la abuela a bailar y bailad todos un rato, para entretenerme.

LA ABUELA.—¡Qué antojo, hijita!

(Pero ya todos se dan las manos y Barba de Plata y Flor de Maravilla toman las de la abuela. Una música invisible preludia una pavana, que ellos bailan ante la aprobación de Caperucita, que los mira extática. Mas, de pronto, el velón se apaga, la música cesa y todos se detienen. Por la ventana entra la luz confusa del amanecer.)

EL HADA.—¡Es ya de día!

BARBA DE PLATA.—Vámonos, vá-

monos. Dentro de poco empezarán a pasar aldeanos y...

LA BRUJA.—Yo tengo que deshelar el río, pues si no se asfixiarán los peces.

LA GIGANTONA.—Yo tengo que quitar de los nidos el manto con que noche a noche resguardo del frío a los pajaritos.

EL LOBO.—(Con pena). Yo tengo que esconderme en mi fría y oscura cueva...

(Todos se despiden de la abuela, acarician a la niña y salen. La abuela, restregándose los ojos, murmura al quedar sola):

—¿He soñado? ¡Caperucita!

(Pero ya la pequeña, rendida, se ha vuelto a dormir. La abuela cruza sobre el pecho su manteleta de lana de cabra, se endereza la cofia y va a sentarse a su silla, inquieta. Pero entonces advierte a una mujer alta, vestida de gris, con capuchón, que viene lentamente hacia la camita).

LA ABUELA.—(Sonriendo con es fuerza). ¿Quién es? ¿Alguna amiga de mi nietecita, también?

LA PULMONÍA.—(Con voz desahogada). ¡Yo no soy amiga de nadie!

LA ABUELA.—(Agitada). Como la niña es tan buena y todos la quieren tanto...

LA PULMONÍA.—¡Que la quieran! Yo sólo me ocupo de soplar en los pulmones de la gente. ¡Linda tarea! Anoche, con el frío, me tocó ir a doscientas casas, lo menos. Estoy rendida. Como ví la puerta entornada, entré, de paso, aquí. Pero tengo un malhumor... Y ésta es hoy la última visita, aunque la Señora Negra se enfada. Un soplo grande, de despedida, y... A ver, pequeña, destápatate.

(Caperucita, dormida, hace un movimiento brusco y tira hacia atrás las

mantas que antes de partir le acomodara la Gigantona. La abuela está petrificada de terror. El perro, entre sueños, gruñe. La pulmonía sopla con fuerza en la espalda de la niña, que empieza a toser. Luego, arrastrando sus babuchas, va hacia la puerta, la abre y sale, cerrando tras sí).

LA ABUELA.—(Restregándose los ojos). ¿Qué es? Dios mío, ¿sueño? Nietecita mía, niñita de mi corazón, ¿qué tienes?

(Caperucita, incorporada a medias en la cama, se oprime el costado derecho, quejándose).

CAPERUCITA.—Madre... Abuela... Tengo un dolor aquí...

LA ABUELA.—(Corriendo hacia la cama de la señora Martina). ¡Hija, despierta, por Dios santo! La niña no está bien. ¡Despierta!

Fín

JUANA DE IBARBOURO

(La Nación, Buenos Aires)

## Explicación de las bases de la herencia física

En el *Scientific American*, el Prof. J. B. Kelly dice que todos los organismos vivientes principian su vida como células que no tienen ni la más remota semejanza con los organismos adultos que eventualmente de ellos se derivarán.

El grupo de células que constituyen luego el cuerpo de una planta o animal de los órdenes superiores principia siendo una simple célula o partícula reproductora.

Esta célula contiene protoplasma y en su estructura es semejante a cualquiera otra célula.

En ella hay, sin embargo, un núcleo de cromosomas, (chromosomes) cuerpos en forma de disco o de bastoncito (hilos), que es definido en cada especie y que está por pares.

La célula original es única y resulta de la fusión de otras dos células llamadas "gametes" (generadoras); una, «el huevo», viene de la hembra y la otra, del macho.

Estas generadoras (gametes) poseen la mitad del número de cromosomas que las otras células de la especie; el acto de la fertilización (fecundación)

es el que produce en las cromosomas el apareamiento (que estén por pares).

El zángano o abeja macho resulta de un huevo sin fertilizar o sea que está formado por células que tienen sólo la mitad del número de cromosomas característico de las generadoras (gametes) (Ob. 1.)

Esto prueba que un grupo de cromosomas contiene todo lo que es necesario para que un cuerpo adulto se pueda formar.

En general, sin embargo, las células del cuerpo de una planta o de un animal poseen el doble número de cromosomas, sean necesarias o no.

Las conclusiones genéticas de los últimos años nos indican que los caracteres heredados son determinados por partículas muy pequeñas llamadas factores (genes) y que éstas son llevadas por las cromosomas en un orden o serie especial.

Es sin duda interesante comprender las «maniobras» de las cromosomas para llegar a poseer un concepto filosófico de la herencia.

Las cromosomas, que están duplicadas, llevan factores de condición semejante; cada uno de los pares de factores es resultado de la hembra y el otro, del macho.

Cuando se trata de organismos de «pura raza» los factores que provienen de la madre son semejantes a los que vienen del padre.

Para investigaciones de herencia debe, por la razón anterior, trabajarse haciendo cruzamientos (hibridación) porque así, como los progenitores difieren en muchos caracteres, es fácil observar en los hijos los caracteres que se van transmitiendo.

Por ejemplo, casi todas las variedades de Phloxes, planta anual, tienen la flor en forma de plato, pero algunas presentan forma de «cartucho» o embudo.

Si se produce un cruzamiento entre esas dos variedades, no aparece visible la forma de embudo sino que predomina la forma plana.

Quien habla de la

### CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

#### FABRICA

##### CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

##### REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

##### SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

La forma planá es «un carácter dominante» y la forma embudo, «un carácter abandonado».

Si dos plantas de las obtenidas con el primer cruzamiento se vuelven a cruzar, su progenie, segunda generación, dará 75% de flor plana y 25% forma de embudo.

Aceptamos que las células de la flor plana original tenían un par de cromosomas que llevaban a su vez un par de factores que determinaban la forma plana.

Aceptamos también que en las cromosomas de la variedad de embudo hay un diferente par de factores que, cuando están en doble número, determinan la forma de embudo.

Cuando hacemos el cruzamiento, lo que en realidad mezclamos son huevos que llevan la mitad factor plano y la otra mitad factor embudo, con «game-tes» masculinos que, de igual modo, la mitad pertenecen a una de las variedades y la otra mitad a la restante.

Sólo en el caso de unirse un factor embudo (huevo) con un factor embudo (gamete) masculino se «obten- drá planta con flor de forma de em- budo».

Esto puede ocurrir una vez en cua- tro fertilizaciones.

Así vemos que el carácter «embudo,» de los padres, queda latente en los hi- jos y reaparece en los nietos.

«Ningún factor se altera con la hi- bridación».

En último término, no se conoce in- fluencia alguna que pueda cambiar la naturaleza de un factor; los biólogos dicen que el factor es lo más estable que puede encontrarse.

Esto confirma uno de los principios básicos de Mendel, el padre de la cien- cia en lo que a herencia se refiere.

El híbrido dominante lleva al través de las generaciones el carácter aban- donado y no es posible apreciarlo con la simple observación.

Fuente débil, en el hombre, es un carácter abandonado (cierta clase de debilidad mental, por lo menos) y por esto sucede que aparece, de padres de condiciones normales, un niño débil mentalmente. (Ob. 2).

La condición «ojos azules» es un caso parecido y salen individuos con ese carácter de padres de «ojos oscuros».

Los resultados son más complejos cuando se mezclan dos puros de cada clase.

Así, si una Phlox de flor plana y blan- ca se mezcla con otra de flor embudo y coloreada con la primera generación, todas serán con los caracteres domi- nantes color blanco y forma plana.

La generación de los nietos es una mezcla: en cada 16 individuos, 9 son de flor blanca y forma plana; tres, blancos y forma embudo; tres coloreados

y forma plana y uno coloreado y forma embudo.

Si la flor blanca y plana y la em- budo coloreada fueran las dos únicas variedades existentes, podríamos obte- ner dos nuevas creaciones: embudo blanco y plana coloreada.

Todos los organismos deben consi- derarse como un conjunto de caracte- res, que puede disociarse cuando los generadores (gametes) se forman y ca- paz de hacerse de nuevo, el conjunto, con nuevas combinaciones, cuando se verifica la fertilización.

Este fué el principio que hizo ex- clamar al gran botánico Baur que

«dándole un poco de tiempo él podría producir bocas de dragón al gusto del cliente».

El éxito de Lutero Burbank como creador de nuevas variedades de plan- tas es debido, en gran parte, a la pro- ducción de combinaciones de caracte- res que resultan de la hibridación.

JUAN J. CARAZO

(Trad. para el REPERTORIO AMERICANO).

P. S.

Anotamos dos observaciones a las cuales hemos de referirnos en un próximo trabajo.

## Los niños de Pérez Galdós

¿Quién ha pintado los niños como Galdós? Nadie en España ni en el mundo. Los niños de Galdós viven, juegan, sufren, crecen y mueren con una reali- dad tan honda que al ser padres nosotros la comprobamos con los nuestros.

ALBERTO INSUA

**E**N una revista española de 1920 he encontrado en estos días una ilus- tración que me ha conmovido tan hondo! Es la fotografía de la cabeza de don Benito en su lecho de muerte.

Y ante la imagen de la cabeza exá- nime, me he sobrecogido como si den- tro de ella se ocultara un dios.

¡Cabeza más fecunda que las entra- ñas de centenares de mujeres fecun- dadas!

De esta matriz maravillosa han salido tántas criaturas verdaderas de carne humana a pecar, sufrir y amar por la tierra, exactamente iguales a las que resultan del acoplamiento de los sexos.

No son seres reflejados los suyos, no son seres fotografiados ni retrata- dos, que fueron engendrados allí den- tro por el mismo choque creador de animales y plantas. La fuerza miste- riosa que rige el universo, tuvo a bien tomar esa cavidad craneana por el vientre de una Eva.

¿A qué extrañar entonces que des- pués de haberlos parido, esta intelligen- cia haya seguido a sus hijos, con la misma mirada de amor y de piedad con que las madres siguen la peregrinación de los suyos, sin erigirse en jueces?

\* \*

Por entre la cabellera inanimada surge una fila de figurillas infantiles: dijéranse gnomos que salen del suelo de una montaña arrasada por la tem- pestad. Son los niños de sus libros. Forman una ronda en torno de la ca- beza sin vida. Se piensa al verla en la corona de vid que ciñe la cabeza de

Pan muerto. Reflejos de miel ríen en- tre los racimos que tocan la apagada frente, pero la mayor parte de los gra- nos están henchidos del jugo que ha de convertirse en el vino del Dolor.

### 1.—MARIANELA

«Era como una niña, pues su estatura debía contarse entre las más pequeñas, correspon- diente a su talle delgadísimo y a su busto mezquinamente consti- tuido. Era como una joven- zuela, pues sus ojos no tenían el mirar propio de la infancia, y su cara revelaba la madurez de un organismo que ha entrado o de- bido entrar en el juicio. A pesar de esta disconformidad era ad- mirablemente proporcionada, y su cabeza chica remataba con cierta gallardía el miserable cuerpecillo. Alguien la definía mujer mirada con vidrio de dis- minución; alguno como una niña con ojos y expresión de adoles- cente. No conociéndola se du- daba si era un asombroso pro- greso o un deplorable atraso.»

La ronda se pone en movimiento.

Pasa Marianela, descalza, adornada de flores silvestres medio ajadas, la ca- becilla desgraciada y salvaje, teñida de rojo la figura entera por el mineral del ambiente.

¡Ah! ¡Nela de mi alma! Yo quiero creer que vista de muy lejos, debías parecer por lo fina y chiquitita una de las tanagras que se guardan como cosa preciosa en los museos de Europa.

Los ojos, dos pedacitos de tristeza. La sonrisa, ¿fué que una lágrima se equivocó y en vez de nacer entre los párpados manó entre sus labios?

No sirve para nada la Nela. Sólo para amar... Pero no hay armonía entre el licor y la copa: su Amor es inmenso y su cuerpo miserable.

¡Señor! ¡Señor! ¿cómo queréis que una briznilla de hierba sostenga una estrella con la facilidad graciosa con

que soporta el peso de una gota de rocío?

El espejo de una fuente se ha echado a temblar de conmiseración cuando Marianela se ha mirado en él: «Sobre el fondo verdoso su imagen mezquina, con los ojuelos negros, la tez pecosa, la naricilla picuda aunque no sin gracia; el cabello escaso y la movible fisonomía de pájaro.»

«¡Madre de Dios, qué feísima es!» ella que hacía sentir al ciego a quien sirve de lazarrillo «las hermosuras de la tierra». Ella que le explica como es el sol y como son las estrellas y como son las flores; ella que lo consuela con aquello de que «todo lo tenemos dentro. El sol, las yerbas, la luna y el cielo grande y azul, lleno siempre de estrellas; todo, todo lo tenemos dentro; quiero decir que además de las cosas divinas que hay fuera, nosotros llevamos otras dentro». Que le describe el trozo de mar, que se ve entre los cerros de Fico-briga, así, ante una pregunta de Pablo que cree que el mar es «grande, grandísimo, tan grande, que se estará mirando todo un día sin acabarlo de ver»:

—«No se ve sino un pedazo como el que coges dentro de la boca cuando le pegas una mordida a un pan».

Llora la Nela al contemplar por partes sus facciones en el resto de un mísero espejo que lleva en la faltriquera, y es entonces, que cae sobre la frente de Pablo que no conoce la luz,—pero dentro de cuyas tinieblas se estremece la intuición de la belleza de la forma como el diamante en el carbón que yace en el seno de la tierra—una gota de llanto de los ojos de esta Ilusión que es Marianela.

### Al pescador

Pescador, pescador,  
que en el mar furibundo  
sabes hallar la flor  
que se pierde en el mundo.

Pescador: que tu asiento  
más grato sea la roca,  
y allí provoque el viento  
tu pretensión más loca.

Que lances el anzuelo  
en las aguas más hondas,  
y atormenten tu celo  
Esfinges y Giocondas.

Mas, entre los oleajes  
no escuches las sonrisas  
de la sirena, ultrajes  
a la ilusión, cenizas.

Pescador, pescador:  
que en el mar furibundo  
sepas hallar la flor  
que se pierde en el mundo.

RAFAEL ESTRADA

Costa Rica.

Y es trágico el contraste que hay entre la silueta infantil casi, de apariencia mezquina, tierna, doliente, desamparada y el fondo duro y fantástico en donde se mueve, el ambiente de las minas de Socartes sembrado de rocas y que hace pensar en la pesadilla de un gigante.

Las piedras desgarran su carne desolada y se marcan con la huella de los piecitos heridos.

Hay alguien que no puede resistir la vista de esas patitas que sangran sin que nadie ponga atención en ello. (¡Deben haber tenido un gesto tan humilde de agitarse al compás de la marcha los pliegues de la pobre falda!)

Es el doctor Golfín, aquel Teodoro Golfín de cabezota de león y corazón de panal, quien tiene piedad y se la

echa al hombro. Son los suyos los únicos ojos, que se detienen con inteligente y cariñoso interés ante la pequeña interrogación decarne sensible y abandonada, escrita sobre el paisaje rocalloso por la mano del Destino y que nadie fuera de él ha parecido ver.

La hija de la Canela se aleja con la tristeza de una copla entonada por una voz que en vez de sollozar su pena, la canta.

La Realidad la acecha, impasible y fatal.

La mirada de unos ojos que se abren a la luz, la deja muerta. Es la flecha que atraviesa a la golondrina aterida, sin fuerzas ya para soñar con la primavera.

CARMEN LIRA

Costa Rica,

## La moral de Guido da Verona

FOGAZZARO y Edmundo de Amicis habían cerrado en Italia el ciclo romántico que iniciara Alejandro Manzoni. Giovanni Verga, escéptico ante la incompreensión ambiente, guardaba un silencio despectivo para su época esperando tiempos más comprensivos para su obra. Rovetta había dado por terminada su labor renovadora. El maestro D'Annunzio, lejos de su tierra, veía brillar en torno de su obra maravillosa la luz crepuscular que precede a las sombras del olvido. Marinetti trataba inútilmente de hacer triunfar el «futurismo» y de convertirse en ídolo. En la generación que se había iniciado en los primeros lustros de este siglo, Pirandello, Zuccoli, Albertazzi y Panzini obtenían sólo un triunfo relativo. Alfredo Vanni, que tuvo un momento de popularidad, pasó pronto con la oculta burguesía de sus novelas. Todo parecía indicar que en esa generación no habría un escritor capaz de heredar la popularidad que los años iban quitando a D'Annunzio.

Surgió entonces Guido da Verona. Audaz como un vigoroso «condotieri», revolucionario como un artista del Renacimiento, pagano como un hijo de la vieja Grecia, húmedos los labios por el ático licor optimista que escanció D'Annunzio, con un espíritu renovador ante cuyo influjo huían las musas de la decadencia, logró en poco tiempo alcanzar una popularidad que nadie en su tierra había obtenido. Sus ediciones superaron en mucho a las más grandes que en Italia se habían hecho. Su segunda novela, *La que no se debe amar*, alcanzó en poco tiempo una tirada de 180,000 ejemplares. Esa imposición rápida en un medio hecho poco propicio por obra de los que le precedieron, atrajo sobre Guido da

Verona la mirada inquisidora de los críticos no sólo italianos sino extranjeros. Al principio la crítica acogió su obra con aplausos innúmeros. Proclamó en él al heredero directo del arte refinado de Gabriel D'Annunzio. El público, esta vez de acuerdo con los críticos, aplaudió abiertamente. Los futuristas, que en aquella época trataban de imponer su forma, lo calificaron entre los suyos como ya habían hecho con el autor de «El fuego». Había en efecto una visión nueva en las novelas de Verona. Esa canción optimista que suena lenta y acompasada en las páginas amargas de *La vida comienza mañana* recuerdan en la

### Tarde dorada y azul

Tarde dorada y azul,  
campos verdes y leonados  
caminos llenos de luz.

Copa de nieve, invertida  
en el fondo del paisaje  
y dorada por el sol  
como una brasa de plata.

Ellas dicen ir alegres  
con nosotros. Cantamos  
a media voz  
recuerdos de la niñez  
con amargura y placer:  
ellos callando su pena  
nosotros nuestro dolor.

¡Azul, tirano cruel.  
—¡Todo el cielo huele a mies!—  
Azul, lleno del olor  
del campo de mi niñez!

¡Volcanes, todo rubor,  
valle, todo palidez!

EDUARDO VILLASEÑOR  
(Mexicano).

cadencia de su título los viejos principios filosóficos que sentara Marinetti en sus primeros tiempos. Mas no es lógico pensar que el escritor modenés tomara de los futuristas esa visión. Su analogía con ellos en el sentido moral tiene un aspecto bien distinto. Ambos han tomado de la misma fuente. Esa fuente es Federico Nietzsche.

El triunfo de Guido da Verona se explica fácilmente. Es un optimista. Dentro de su paganismo soberbio que busca la belleza de todas las cosas sin preocuparse del sentido ético de ellas, dentro de su apreciación que observa con cierta amargura el ambiente en que se desarrollan sus obras, dentro de todo lo que forma su sentir filosófico, el optimismo alza su voz potente para dominar las voces desencantadas de la decadencia y mostrar al espíritu humano, no con teorías como Nietzsche, si no con ejemplos objetivos como en su Andrés Farrento, que hay en los horizontes de nuestro sentimiento veredas nuevas que conducen a conclusiones amables.

El artista, cuando lo es de veras, no es como muchos lo han pensado, un espejo fiel que copia el alma de su tiempo. Es una reacción sobre el alma de la época. El verdadero artista lleva a su obra no el modo de sentir personal, no aquello que él quisiera que fuese, sino las aspiraciones de la sociedad en un momento determinado. Nunca sonó más ronca la voz del naturalismo que en pleno hervor romántico. Nunca se escuchó más potente el grito optimista que en nuestro siglo XX nacido pesimista entre las aberraciones del Sr. de Phocas, el misticismo desorientada de D'Essaintes, y el hastío elegante de Dorian Gray. Verona, como D'Annunzio, como Maeterlinck, como Kipling, como Queiroz, como Rodó, como todos los verdaderos pensadores de nuestra época, ha tratado de reaccionar sobre el espíritu hastiado que nos legó la literatura decadente. Viendo en la humanidad de su tiempo el negro velo de su pesimismo ha querido mostrar un sentir nuevo. Para ello ha creído necesario fundar una moral.

El problema del pesimismo ofrece, como la mayoría de los problemas, un doble aspecto. Los viejos libros de medicina hablaban de la «coacción de los humores» y hacían depender de ella innumerables fenómenos de la personalidad. Tal vez de ahí dedujo Sully su idea no infundada de que el pesimismo depende exclusivamente del trabajo más o menos armónico de los órganos internos. Frente a esta concepción colócase otra más aceptable. El pesimismo es un fenómeno nervioso permanente, algo así como un hermano menor de la locura llamada «circular». Sea cual sea su ori-

gen ese estado efectivo adquiere un aspecto biológico. Podría afirmarse que hoy se nace pesimista como se nace rubio o moreno. La civilización ha traído al hombre un desequilibrio. Nuestro organismo no ha podido modificarse acorde con los cambios introducidos por el progreso. La teoría lamarkiana de que «la función hace al órgano» préstase a esta consideración. Los sistemas que forman nuestro cuerpo no han podido modificarse tan rápidamente como los medios de vida. La agitación de la existencia moderna trae en nuestro sistema una perturbación general. De ella nace una enfermedad nerviosa, el pesimismo. Para reaccionar sobre ella, para eliminarla, sólo en apariencia, puesto que en el origen no se puede modificar, hay que sugestionar al individuo. Es un sistema médico de resultados ciertos en los fenómenos nerviosos. Esa sugestión es la que persigue inconscientemente Guido da Verona. De ese convencimiento ha nacido la moral que nos anuncia.

Para Verona la base de la moral reaccionaría sobre el espíritu pesimista es el egoísmo. Un egoísmo amargo que pasa sobre todas las conveniencias ajenas, sobre todos los sentimientos personales, sobre todas las convenciones para llegar a donde se propone, es decir, a la felicidad del individuo. Alguien ha visto en ese sistema un retroceso hacia la moral de Epicuro, que Hobbes y La Matrie nos habían legado modificándolo. No hay nada de ello. Epicuro, y así lo interpretó el

claro talento comprensivo de Guyau, basó su optimismo en un egoísmo limitado. Para él el «yo» era la base de todas las concepciones, mas sin que esa preponderancia de la personalidad autorizara la desconsideración para con los demás. Más de una vez en sus obras habla el griego de la amistad y la ensalza como algo que hace bella la existencia. Verona no, se coloca frente a todo aquello que implique limitación de la personalidad del individuo. En *La vida comienza mañana* vemos a Andrés Farrento pasar sobre todos los respetos y matar friamente a su amigo, casi su hermano, porque éste se levantaba como un obstáculo entre él y la mujer a quien amaba. Y así *La mujer que inventó el amor* pasa sobre el honor de los suyos, sobre su propia honra, para llegar a donde se había propuesto en su ensueño de juvenzuela rica cuya cuna baja no la autorizaba a pasearse por los salones aristocráticos. Y así en todas sus obras, el código moral de los personajes autoriza todas las iniquidades, siempre que ellas lleven la obtención de un deseo cualquiera.

Hay naturalmente en esa creación anti-moral la segura base de un sistema optimista. Quien lograra hacer triunfar en su personalidad esos ideales egoístas conseguiría un optimismo fuerte, capaz de vibrar siempre en todas las circunstancias. Mas ¿a dónde conduce esa moral? Eso es lo que se han preguntado los críticos y lo que no ha pensado el público. El egoísmo, y así lo ha demostrado Félix le Dantec en una de sus obras más extensas y mejor pensadas, es la base de toda sociedad, ¿cabe pues suponer que el pensar y actuar egocéntrico lleve a un desquiciamiento? En la forma proclamada por Guido da Verona sí. Ciertamente que la sociedad tiene su base, y ello no es paradoja, en el egoísmo, pero en el egoísmo limitado, en aquel egoísmo de que habló Littré. El hombre busca su conveniencia, mas por propio interés respeta las ajenas conveniencias. El altruismo bien analizado es una forma de egoísmo. Se hace el bien porque se espera una recompensa más o menos lejana. Un hombre egoísta que pase despreocupadamente como pasan los héroes veronianos, por sobre las conveniencias de los demás individuos, no puede vivir en sociedad. El instinto de conservación que domina en el espíritu colectivo con tanta fuerza como en el individual, rechaza todo aquello que implique la muerte de ella, y no admitiría en su seno ese elemento perjudicial.

Guido da Verona se defendió tratando de justificarse cuando tacharon su obra de inmoral. Tenía razón. Su obra no es inmoral sino anti-moral. No ataca a la moral de hoy sino que

## Te he llamado...

Te he llamado, Dios mío, inútilmente.  
Si dejé que me llevara la corriente,  
te he llamado, Dios mío, inútilmente.

Preferí a la cumbre el abismo inmanente  
y me vine rodando por la pendiente;  
me alzarás, Señor, mas Te llamé inútilmen-  
[te.

Si amengué la antorcha que pusiste en mi  
[frente  
e inconciente soy de lo que fuí conciente,  
me alumbrarás, Señor, mas Te llame inútil-  
[mente.

¿Por qué hemos de pedirte lo que ya nos  
[has dado?  
¿Y por qué preguntarte lo que ya has con-  
[testado?  
¿Es que sólo podremos volver a nuestro lado?

Te ha llamado, Dios mío, inútilmente  
el que te abandona y se va por la pendiente  
y comprende que se apaga la antorcha de su  
[frente;  
pues volverá a su estado nuevamente,  
nada más, inútilmente.

RAFAEL ESTRADA

Costa Rica.

propone una moral para el mañana. Tachar su obra de inmoral es equivocarse. Cuando Pierre Louys publicó «Afrodita», la voz burguesa de ciertos críticos calificóla de inmoral. Hasta cierto punto tenían razón. Khrysis, la maravillosa sensitiva que se irguió un día en el templo de Alejandría desafiando así todas las leyes sólo por hacer suyo a Demetrios, puede ser en nuestro concepto contemporáneo una mujer inmoral. Las mujeres de Verona son morales, sólo que su moral tiene el soplo lejano del futuro.

Guido da Verona es un espíritu inquieto y móvil de artista verdadero. Para él la belleza sobrepone su influjo sobre todos los convencionalismos. Alienta en el fondo, allá en lo más recóndito de su espíritu lleno de visiones futuras, un ensueño pagano maravilloso y soberbio. Desdeñando la hipocresía de la sociedad que retrata en sus obras, sueña con una rectificación de valores morales. Esa inmoralidad que late en su optimismo ¿es criticable?, ¿debe exigírsele al artista que sea moral? Ritcher suprimió en la obra de arte los valores morales y tenía razón. La aseveración de algunos moralistas modernos de que lo que no es moral no es bello, no tiene, y está muy lejos de ello, un fundamento real. El propio Max Nordau, que en «Degeneración» muéstrase partidario de la belleza moral afirmando que lo moral es bello siempre y que, recíprocamente, toda acción bella es moral, declara en una obra teatral, *El derecho de amar*, que el artista que

tiene la característica de la fuerza creadora tiene el derecho, por obra de su misma imaginación, de romper a veces, con las concepciones absolutas que gobiernan a la sociedad en que vive. Guido da Verona, que proclama cánones morales acordes con su modo de sentir, atacando así puntos fundamentales en la armonía humana, y sentando principios contrarios a lo que ha sido básico en la constitución del conglomerado social, tiene como justificación la sed optimista que domina toda su obra. Ha querido dar a la razón humana una pauta nueva. Ha soñado tejer con la rosa negra del egoísmo una guirnalda que adorne la vida. Su espíritu de artista en oposición con su tiempo, lo lleva más lejos quizá de lo que él mismo imaginara en un principio. No soñemos detenerlo en su vuelo. Veamos sólo en él, no al moralista equivocado, no busquemos lo razonable que se apoya en el sentido común:

razón menguada  
que no ha sido ni artista, ni vidente  
ni salvador, ni redentor ni nada

como cantó la musa sonora de Díaz Mirón. Veamos sólo al artista optimista que quiere dar en sus obras un aspecto amable de las cosas, capaz de contrarrestar a la realidad misma, mucho más amarga que el alma de su egoísmo.

ALBERTO LAMAR SCHWEVER

Habana. Stbre. 1922.

negro el agua levantaba con gesto inútil sus arquitecturas de cristal. La de los palacios y los jardines parecía más pura. Versalles parecía pasteurizado. Pero no ha sido en Versalles, ni han sido los sabios quienes han conmemorado mejor a Pasteur. Todo el mundo en Francia, como en una inmensa iglesia laica, ha dado su óbolo a los cepillos que corrían las calles por San Pasteur, el abogado contra tantas enfermedades, y para Nuestra Señora la Ciencia. Pasteur fué un católico, apostólico y romano, pero es un santo laico de la iglesia republicana francesa, uno de los mayores santos de la humanidad. Sí; la humanidad ha puesto su fe del carbonero en la ciencia y en Einstein, que es su profeta.

Me confieso de haber dado mi óbolo a uno de los cepillos de San Pasteur y considero tentadora, como un pecado, aquella máxima de Nietzsche: «Despreocupados, burlones y violentos tal nos quiere la sabiduría: es mujer y no ama más que al guerrero». Después de todo, es probable que la sabiduría necesite, tanto como de guerreros, de santos, si no es que un Pasteur es el santo guerrero de la sabiduría.

CORPUS BARGA

París y mayo.

(*El Sol*, Madrid).

## Balada de los perfectos anarquistas

(Al nobilísimo RODOLFO ARGÜELLO, a quien daría mi voto para la presidencia de la República, si yo fuera ciudadano).

*La ballade des pendus*, para los ahorcados, uno de los traviosos, locos y libertados

poemas del gran duque de bohemios, Villon, con voz del siglo quince, repite la canción

de los niños terribles, de los Gualtero sin hacienda, sobre quienes, descarga el

[Sanhedrín

sus golpes más tremendos. Somos las

[ovejitas

que no tienen pastor, pobres viudas

[marchitas,

exlege, parias, locos, mansas bestias de

[carga,

que van por un camino que más y más

[s'alarga.

Y por todo el camino, sólo piedras hostiles, y polvo, mucho polvo, regazo de serviles.

Y un lobo de colmillos agudos, pasa y pasa, muy a sus anchas, como va Pedro por su

[casa.

¡Mucho cuidado niña! ¡Tiembla Caperucita! ¿Es el gobierno casa del infierno, maldita?

Yo seré, tú serás, ¿seremos devorados, por el lobo de grandes colmillos afilados?

# Las fiestas de San Pasteur

ESTAMOS en fiestas del centenario de Pasteur. ¿A dónde ir «al santo»? ¿A su país, frente al Jura, el Franco-Condado, cuya nostalgia, cuando él vino, por vez primera, estudiante a la capital, le obligó a dejar los estudios y volver al pueblo; el país, sin embargo, del héroe, rojo y negro, de Stendhal? ¿A su laboratorio, su pobre laboratorio aislado en la leyenda del Barrio Latino? ¿Al Instituto de su nombre? ¿A la Sorbona? ¿A la Universidad de Estrasburgo? ¿A Marnes-la-coqueta, camino de Versalles, lugar de la fauna viviseccionada—caballos, perros y esas ratas con ojos de piedras preciosas: los conejillos de Indias—, en la casa de campo donde Pasteur murió santamente en medio de sus animales mártires? El cuarto en que murió—el lecho, la mesilla, una silla, una mesa, un armario—se conserva, triste y frío, en su estilo honesto Luis Felipe.

El concilio internacional de sabios

y sabias, reunido en memoria de Pasteur, ha ido hasta Versalles. Allí, en una galería alusiva del Palacio, la Galería de las Batallas, se ha celebrado un banquete de mil cubiertos, en el que todos eran sabios, menos los que éramos, por el contrario, periodistas. Sabios de casi todas las naciones han partido juntos el pan. Hace poco, en Londres, en la reunión de todos los clubs literarios internacionales, partían asimismo el pan juntos escritores de casi todas las naciones. Como es natural, siempre hay escritores y sabios de cuchara. Al mitin londinese, en el que Shakespeare era el convidado de piedra, no faltaron buenas plumas. El convidado de piedra, Pasteur, en el banquete versallesco hizo que no faltaran los hombres sabios.

De los españoles, reconocí al doctor Pulido; mas estaba también el gran Cabrera. Los sabios, en Versalles, vieron correr las fuentes: hacia un cielo

De nosotros han dicho: ¡No se toman en  
[cuenta!  
Y ellos van a los bailes; pero la Cenicienta  
bien puede mientras tanto quedarse en la  
[cocina.  
No tienen las hermanas mayores su divina  
hermosura. ¡Quién sabe! Las gentes  
[poderosas,  
medidas muy extrañas aplican a las cosas.  
Sin nombre, sin derecho, sin patria, sin  
[hogar,  
etcétera, sería muy largo de contar.  
Así como gitanos, así ni más ni menos;  
y sin embargo dicen que los hombres son  
[buenos.

Hay sólo tres palabras en la historia  
[profana:  
*Homo, homini, lupus*, ayer, hoy y mañana.  
Y apenas uno que otro Francisco servidor  
del Único que puede ser llamado Señor.  
Los que mandan son lobos, los mandados,  
[ovejas  
expuestas. ¿No decía nuestro fray Luis: «Y  
[dejas  
tu grey en este valle, hondo y oscuro?»  
[Glosa  
de las letras unciales y encarnadas, en  
[prosa.  
Una historia sin estos escollos, es un cuento;  
sólo aquellas en verso, del nuevo  
[Testamento,  
nos hablan en lenguaje manso de veraneras  
azules y rosadas y lilas: Verdaderas  
leyes para un convento de frailes  
[franciscanos  
del tiempo de Francisco, cuando buenos  
[hermanos,

### Alegre canción de los aviadores

El viento de los cielos ya no canta  
en las frágiles alas del avión,  
pero, hoy, en tierra el corazón levante  
esta alegre canción.

La danza del peligro y de la muerte  
bailamos en la altura sin temor,  
pero hoy la danza trágica convierte  
su ritmo en un fox-trot...

¡A bailar, hombres-pájaros! Bailemos  
mientras duermen las aves de metal,  
en nuestros corazones aun tenemos  
la alegría inmortal

Alegría de luz y de pupilas  
que pudimos un día humedecer  
en las trágicas hbras intranquilas  
que acaso han de volver.

¡A bailar caballeros de los cielos!  
que hoy el motor de nuestro corazón  
se olvida de sus luchas y sus duelos  
y canta esta canción!...

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG  
(Argentino)

ya lobos, ya franciscos, voces de Galilea  
iban diciendo a todos: ¡*Pax vobis!* Así sea.  
Mientras no haya venido, nosotros  
[anarquistas  
estaremos en guerra contra todos los *istas*  
de un partido cualquiera. ¡Payasos,  
[comediantes!  
Ayer igual mañana, después igual denantes.  
Intendente, ministro, candidato, banquero,  
príncipe sovieta, monseñor, altoclero,  
Carlos el temerario, gran señor industrial,  
factótum de la corte suprema, radical,  
blasfemo, presidente de alguna comisión  
para *crédito público*... todos sin excepción,

y tú mismo que vienes hablando d'estas  
[cosas,  
oprimes a tu hermano con leyes tenebrosas.  
Anarquista, si llegas a mandar, tu gobierno  
será como los otros, palabra del infierno.  
¡Cristo Rey Silencioso, Mayo, Novia,  
[Lucero,  
Arbol de Sombra, Lluvia, Mañana,  
[Carpintero  
que labras, labras, labras! .....

A. H. PALLAIS, Pbro.

León, Nic., 12 de mayo de 1923.

## La Vida

### LA APICULTURA

EL otro día escuché en la Residencia  
de Estudiantes una disertación  
interesante, en que intervinieron el  
sacerdote don Isidoro Hernando y su  
hermana doña Basilisa.

Fué una velada con tipo arcádico,  
en que doña Basilisa sobre todo hizo  
una cuidadosa descripción de las abe-  
jas con cariño maternal y diligente.  
Evocó ese campo lleno de solanera en  
que revuelan las abejas clásicas dán-  
dole instantaneidad. Doña Basilisa se  
destacaba en plena noche sobre la ner-  
viosa vida de los panales, como dueña  
de una fábrica afanosa y el número de  
cuyos obreros—más bien obreras—  
asciende quizás a varios millones.

Don Isidoro, cerca de ella, la asesora-  
ba; decía «sí, sí», «eso», y se veía  
que había ayudado muchas veces a su  
hermana en la vigilancia y aseo de las  
colmenas y en perseguir al lagarto  
que se pone en la puerta de los pi-  
queros y va recibiendo en las fauces,  
como bombones vivos, todas las abe-  
jas que salen.

Don Isidoro nos enseñaba la lámina  
de cera en que comienza el panal,  
y ante su leve rizadura comprendía-  
mos que la miel tiene una cosa clerical  
emparentada con la cera de las velas.

—Debajo de los dormitorios tene-  
mos los piqueros—nos decía doña Ba-  
silisa—, y ya en medio de la noche  
sentimos lo que ha pasado en la col-  
mena, si se ha muerto el príncipe o si  
es la reina, en cuyo caso la desorga-  
nización y el bullicio es terrible.

De vez en cuando surgen refranes  
muy relacionados con las abejas, y  
según los que la abeja «quiere monte  
viejo» o se queja de «que no la lleven  
caballera», pues sólo trasladando las  
torres de Babel de las colmenas de un  
campo a otro se obtiene una miel más

geográfica, en que el sabor de todos  
los montes y valles intervienen.

«Son alquimistas, matemáticas, ba-  
rrenderas», como decía doña Basilisa.

Pero cuando más elocuentes eran los  
dos hermanos era cuando hablaban de  
la reina, más prodigiosa que las otras,  
con aires de majestad y gran esbeltez,  
con más pequeña cintura y más redon-  
deadas caderas, con un amarillo oro-  
viejo de antiguo brocado.

Ellos extraen de las colmenas mu-  
chas clases de miel, miel de romero,  
miel con esencia de acacias, miel con  
esencia de primera florada, de segun-  
da, de última florada. Hasta hay una  
miel picante, que es la que se consi-  
gue en la Rioja, en regiones en que  
hay muchas guindillas.

En esa distracción, en esa película  
con la que uno se distrae mientras el  
disertante habla, aparecían valles lle-  
nos de flores amarillas, labiadas, con  
polen color canela, y se veía a las  
abejas en ese momento sensual, volup-  
toso, cimbreado, de posarse en las  
flores con gesto de trance de amor y  
de ataque espasmódico, gesto goloso  
de probar las cosas con el dedo...

Pocas conferencias tan inefables y  
con tanto paisaje como esta de doña  
Basilisa, defendida por la sombra en  
pie de su hermano el sacerdote api-  
cultor.

Después de la conferencia nos acer-  
camos a los pedazos de panal que  
doña Basilisa había llevado para que  
pudiéramos despertar en el claustro  
de los alvéolos a las abejas. «¿Quiere  
ustedes ver una reina?», y doña Basi-  
lisa despertó a una reina y la malogró,  
lo cual se notará en la historia de la  
monarquía femenina de las abejas.

De vez en cuando surgían palabras  
clásicas, como «el propeleo», del que  
casi no hay distancia hasta «el propi-

leo"; y todos los poetas, sobre todo García Lorca, que abría los ojos como nunca al oírlo, sintieron agudizado su antiguo deseo de hidromiel que el reverendo padre prepara allá en su pueblecito de Soria, echando en las cubas viejas ese poco hidro miel de la solera olímpica que aun quedaba en el mundo y echando también en las grandes tinajas hojas de los libros de Virgilio.

Dentro de unos días, en solemne fiesta primavera, allí en la Residencia en el alto estadio de los chopos, será edificada una colmena, y depositada en ella una reina, siendo soltado lejos de la colmena un enjambre, que irá a buscar a la reina, bailará a su alrededor la danza de la alegría de la especie, que los labriegos llaman «hacer el sol», y después fijarán allí su residencia.

La campaña de los dos hermanos y todo lo que se hace en España por la abeja logrará llenarnos de ellas; y si bien la inspiración de los poetas se tiene observado que es mayor cuanto más abejas hay en el país, las picaduras serán mayores, aunque doña Basiliisa nos prometía una especie de inyección antirrábica que existe contra la picadura de la abeja.

#### EL AUTOMOVIL DE BOLSILLO.

Muchos y distintos automóviles pequeños se están inventando; pero hasta que no se llegue al automóvil de bolsillo no estará resuelto nada.

El automóvil de bolsillo es el único que puede resolver todas las dificultades y solucionar todos los conflictos. Solucionará la necesidad de pasear que tienen las gentes y su necesidad de ir de prisa.

Con todo consiste en el premio que se dé por el invento, yo ofrecería un premio de 50,000 dólares.

RAMÓN GÓMEZ DE LA CERNA

(El Sol, Madrid).

### Soneto de amor

¡Oír, diréis, a las estrellas! ¡Cierto que loco estás!—Y he de deciros:—Tanto, que a veces por oírlos, me despierto y a la ventana voy, mudo de espanto.

Y el nocturno coloquio dura cuanto la vía láctea, como un palio abierto, fulge. Al alborear, desecho en llanto, las busco aún por el cielo desierto.

Diréis ahora:—¡Desdichado amigo! ¿Qué dices de los astros? Su brillante resplandor ¿de qué puede hablar contigo?

Y os digo:—Amad, y amistaréis con ellas. Sólo el sutil oído de un amante puede oír y entender a las estrellas.

OLAVO BILAC  
(Brasileño)

(Trad. de ENRIQUE Díez CANEDO).

# Palabras de Pasteur

FRANCIA celebra el centenario del nacimiento de Luis Pasteur. Discursos apologéticos, biografías más o menos científicas, conferencias divulgadoras, visitas oficiales a la Alsacia reconquistada que el viejecito bueno lloró perdida; rescate, por la inteligencia, para el rostro de un sabio de esa recordación constante y difundida de los sellos de Correo, que otras naciones consagran a símbolos abstractos, caudillos sanguinarios o perfiles augustos; guirnalda cifiendo su estatua mientras un político resopla dentro de su frac ante los niños humildes, sin comprender aquel respeto que Pasteur sentía frente a la infancia. (*Quand j'approche un enfant, il m'inspire deux sentiments; celui de la tendresse pour le present, celui de respect pour ce qu'il peut étre un jour*).

Bien todo esto. Pero más que las voces ajenas, lo recuerda a Pasteur su propia voz colmada del mismo fervor humano que su obra medical. Nosotros hemos querido oír de nuevo esa voz, buscándola en la ecoica densidad del libro biográfico de René Vallery Radot y en dos instantes decisivos de la vida de Pasteur: cuando la lucha, cuando la glorificación melancólica.

En la Academia de Medicina, Pasteur, que no era médico, discutía con los médicos fosilizados, obstinados en sus límites estrechos y sus hallazgos descubiertos en los libros ajenos. Era en 1880. Francia estaba aún palpitante de su desastre, todavía sus cicatrices la dolían más allá del recuerdo íntimo, que siempre sangra para las naciones fuertes y los hombres sensibles. Pasteur, desde el silencio fecundo del laboratorio, desde la ansiedad insaciable que le encorbaba hacía más de cuarenta años sobre el microscopio, ha saltado a la somnolencia sorda de la Academia de Medicina. Y dice a Francia estas palabras leales:

«Sabed, señores, que la ciencia en nuestro siglo es el alma de la prosperidad de las naciones y la fuente viva de todo progreso. Cierto que la polí-

tica, con sus fatigosas y cotidianas discusiones, parece ser nuestra guía. ¡Vana apariencia! Lo que nos sostiene y nos empuja son los descubrimientos científicos y su aplicaciones.

«Es tiempo aun de reaccionar. Es preciso que cada uno de nosotros se aplique a preparar el porvenir por medio de una labor incesante. Con todas mis fuerzas condeno a los que se obstinan en disputas y controversias sin otro objeto que impedir las investigaciones cuyo alcance no comprenden.

«¡Ah! ¡Es curioso que los médicos se muestren escépticos respecto de los microbios! ¡Lo único que les parecen esos animalillos es divertidos! Pues bien: cueste lo que cueste, tendrán que tomarles en serio algún día.»

Doce años después, en 1892, en el anfiteatro de la Sorbona, se celebra el setenta aniversario del nacimiento del gran biólogo. Ya el microbio «ha sido tomado en serio»; la vacuna se extiende a todo el mundo civilizado, y bajo la presidencia de Sadi Carnot, ante los miembros y delegados de las Academias francesa y extranjeras, de los profesores de las Facultades, del Consejo de Ministros en pleno, del Cuerpo Diplomático, avanza el viejecito Pasteur, tímido, vacilante... Pero su voz tiene un vigor de profecía que los hombres de 1914 enlodaron de cieno y de sangre, y que los hombres de 1922 deben escuchar como la redención posible:

«Creo invenciblemente que la Ciencia y la paz triunfarán de la ignorancia y de la guerra, y que los pueblos se entenderán no para destruir, sino para edificar».

JOSÉ FRANCÉS

(Nuevo Mundo, Madrid).

### Sueño

Soñé que en el mundo en que yo vivía vivíanse juntos dolor y alegría.

Me dijeron: Dónde? Díjeles: Al dolor! Y del humano cielo me aplaudió un resplandor.

Lo que yo sintiera nadie ha de saberlo: miel, abismo, estrella...!

Ya despierto, intenté sentir lo que en sueños: inútil: luz... placer...!

RAFAEL ESTRADA

Costa Rica.

### Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París  
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

### Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO  
de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.

## Quinta Conferencia Internacional Americana

# Derechos de la mujer

Ponencia del Excmo. Señor don Manuel Rivas Vicuña, a nombre de la Mesa Directiva, sobre la moción presentada por la Delegación de Guatemala, solicitando la inclusión en el programa de las futuras conferencias Panamericanas, del tema relativo a los derechos de la mujer.

Honorable Conferencia:

A nombre de la Comisión de Iniciativa, tengo la honra de informaros sobre la moción presentada por el Excmo. señor don Máximo Soto Hall, Delegado de Guatemala, solicitando la inclusión en el programa de las futuras Conferencias Panamericanas, del tema relativo a los derechos de la mujer.

La moción del Excmo. señor Soto Hall corresponde no sólo a una aspiración de la mujer americana, sino a una obra de justicia social, reclamada por la opinión pública en todos los pueblos.

El interesante trabajo del señor Delegado de Guatemala concluye con cuatro proposiciones: la primera se refiere al estudio, ampliación y mejoramiento de la educación intelectual, moral y física de la mujer; la segunda, a «la manera más propia y oportuna para que la mujer americana entre en el uso de los derechos civiles y políticos en iguales condiciones del hombre»; la tercera se refiere al fomento de los centros femeninos ilustrativos y prácticos, y la última contiene una recomendación a los Gobiernos en orden a la integración de sus Delegaciones a las próximas Conferencias con un elemento de personal femenino.

El tema a que se refiere la moción en estudio, no está comprendido en el programa de la actual Conferencia, y la moción misma se limita a solicitar que se incluya en el programa de la próxima reunión Panamericana.

Aun cuando dentro del Reglamento habría podido la Conferencia avocarse el conocimiento de este asunto, siempre es preferible que sólo se traten los puntos contenidos en el programa, sobre los cuales versan las instrucciones impartidas por los Gobiernos a sus Delegados.

La importancia y trascendencia del tema propuesto indican, por otra parte, la necesidad no sólo de incluir su estudio en el programa de futuras Conferencias, sino también de preparar desde luego el conocimiento de la materia y orientar las resoluciones posibles que por ser de un carácter internacional, tengan cabida dentro del cuadro de actividades de la Unión Panamericana.

La Conferencia puede llamar la atención de los Gobiernos sobre las aspiraciones justas de la mujer americana en orden a la revisión de los derechos que actualmente les otorgan las leyes, en el sentido de ampliarlas hasta alcanzar la igualdad con los derechos del hombre.

A nombre de la Comisión de iniciativa, tengo la honra de proponer a vuestra consideración las siguientes conclusiones:

1. La Quinta Conferencia Panamericana acuerda recomendar al Consejo Directivo de la Unión Panamericana que incluya en el programa de las futuras Conferencias, el estudio de los

medios de abolir las incapacidades constitucionales y legales en razón del sexo, a fin de que, en su oportunidad, y mediante el desarrollo de las capacidades suficientes para asumir las responsabilidades consiguientes, se obtenga para la mujer americana, los mismos derechos civiles y políticos que hoy se otorgan a los hombres.

2. La Quinta Conferencia Panamericana, para alcanzar el fin indicado en el número anterior, recomienda a los Gobiernos que forman parte de la Unión Americana, el fomento de la educación moral, intelectual y física, de la mujer.

3. La Quinta Conferencia Panamericana, recomienda a los Gobiernos de la Unión Americana la revisión de la legislación civil de los Estados en orden a modificar las disposiciones que no corresponden al actual estado de cultura de la mujer americana, y que mantienen una injustificada desigualdad de derechos en razón del sexo.

4. La Quinta Conferencia Panamericana, recomienda a los Estados de la Unión Americana la preparación de una memoria sobre la situación de la mujer ante la Constitución y las leyes, y sobre el desarrollo de la educación y cultura femeninas en sus respectivos países, a fin de que sea comunicada a los Gobiernos y enviada, además, al Consejo Directivo de la Unión Americana, para que sirva de base de estudios.

5. La Quinta Conferencia Panamericana recomienda a los Gobiernos, la participación de la mujer en los estudios de los temas de las Conferencias en que su colaboración sea útil; la integración, en lo posible, de las Delegaciones, con un elemento de personal femenino y especialmente en las Conferencias que han de ocuparse de asuntos que les afecten directamente.

## Noticiario

(1923)

VASCONCELOS, MAESTRO

La juventud de Colombia le ha conferido a nuestro eminente amigo, el Licdo. José Vasconcelos, un singular y merecido honor: lo ha proclamado Maestro de la Juventud Colombiana la IV Asamblea de Estudiantes.

A este propósito, el siguiente artículo, como lo hallamos en *El Diario Nacional* de Bogotá, edición del domingo 27 de mayo de 1923.

Cumplido el programa decorativo a que redujo sus actividades juveniles la Asamblea de Estudiantes en el segundo semestre del año pasado, inició bellamente la nueva etapa de sus labores en el presente, con un proyecto generoso y atrevido que tiene, antes que todo, la significación rotunda de que el grupo directivo universitario quiebra la esclavitud del prejuicio y abre un surco definitivo entre la senectud calculadora y tímida y la juventud impulsora y audaz.

La Asamblea joven, al lanzar el nombre de José Vasconcelos como Maestro de la Juventud, quiso despertar la conciencia uni-

### REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega..... € 0.50  
El tomo (24 entregas)..... 12.00  
El tomo (para el exterior).... \$ 3.50 oroam.  
La página mensual de avisos  
(4 inserciones)..... 20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

versitaria, al parecer sosegada y tediosa, agitándola en una noble lucha de renovación y reforma.

Por eso no nos alarma este movimiento de protesta de nuestros dioses tutelares cómodamente sentados en la colina de la serenidad, cuya indignación ha dejado oír su voz de excomunión para la juventud que no tolera su savia moza y quemante, sin una demoledora rebeldía contra la santa caduca mutiladora de sus energías y sus bríos espirituales.

Anhelosos de encontrar el conductor de nuestros ideales, miramos avidamente por todos los solares de la patria, y vimos allí a los maestros inactivos en sus cátedras, desplegando con gesto displicente la doctrina de la renunciación y de la conformidad. Ninguno parecía abandonar la sombra bienhechora, anchamente saboreada, para salir a los campos de sol o agitar la nueva bandera a los ojos de las falanges acometivas y emprendedoras. Porque «Maestro de la Juventud» no es un título honorífico, un medallón de recompensa, a la manera de una Cruz de Malta, colgado a la solapa de un varón venerable y benemérito, sino la cifra y el compendio de una nueva y vigorosa ideología. Si, pues, la juventud busca otorgar el título que aprestó Sócrates, a quien lo verificó en la vida y a quien conserve los arrestos para ejercerlo por la acción tumultuosa y el ejemplo imponente, ¿dónde el hombre dinámico, ampliamente reformador, que haya arrojado a los eriales nuevos la semilla fecunda? ¿Dónde el orientador sagaz, el apóstol admirable, cuya palabra haya fluido cual manantial fecundante sobre los surcos abiertos apremiándolos con la urgencia de la germinación? La sensación melancólica al no encontrar entre nosotros el Maestro que buscamos, no nos impidió ver allá en la cabeza del continente indo-latino la figura impetuosa de Vasconcelos, seductora a las miradas de la juventud americana, por su vitalidad creciente, su dinamismo reformador y su espíritu revolucionario e iconoclasta. El ímpetu indomable de su acción no conoce fronteras y se extiende al sur y penetra allí donde las vallas no hayan sido levantadas por generaciones que aún no han sacudido la herencia del prejuicio y del miedo. Su prodigiosa actividad sería un bello ejemplo para nuestros hombres que cultivan un excepticismo risueño hacia todo lo que sea empresa atrevida o iniciativa generosa y que en el fondo no es más que la manifestación de la abulia mental desoladora que se observa en los vencidos del trópico. Oíd, que es López de Mesa, quien los juzga:

«Podemos asegurar sin precauciones que nuestra vida va corriendo en el continuo lamentar de la esterilidad de nuestros hombres bien dotados. Los hombres eminentes de Colombia pueden tanto como los que más, y ello lo prueban en sus primeros ensayos, pero no hacen obra original y perdurable, no pasan de comentadores y diletantes

por la carencia de un esfuerzo continuado. La mentalidad colombiana no hace labor de sitio a los grandes problemas y simula en perspectiva una pirotecnia de cohetes voladores». Y agrega: «Es preciso iniciar este categórico valor: yo he hecho esto; y dejar arrumbados en el olvido a los bien intencionados, a los presuntos, a las írritas esperanzas nacionales, si es que queremos eficacia en la mentalidad colombiana».

Así juzga a nuestros maestros, el único, quizá, de nuestros hombres que se ha preocupado por los grandes problemas y cuyo generoso esfuerzo en pro de la reforma de la educación nacional fué ahogado por la incompreensión de las Cámaras legislativas. Con Vasconcelos vamos al futuro, en un vasto plan de proyecciones continentales que él mismo ha delineado, a conseguir con los jóvenes lo que no logra la diplomacia impotente.

Y equivocados andan, o desconocen por entero su labor, quienes afirman que su obra es nacionalista por espíritu de egoísmo y oponen a su nombre como Maestro de la Juventud el argumento, vencido ya en lid abierta, de que su condición de extranjero afea nuestra dignidad, y hiere el orgullo del patriotismo. Este, que pudiéramos llamar «chauvinismo instruccionalista», para emplear el término gabacho, es de un romanticismo pueril e inocente, pues el pensamiento grande cuando emprende el vuelo no va a caer lastimosamente vencido por la gravitación de una línea fronteriza imaginaria. Pregónese, si se quiere, que ofende el patriotismo llenar las cartucheras de nuestros soldados con las balas que sirvieron para amenazar en Panamá nuestros derechos, pero no se nos diga que las ideas tienen patria y que mueren lejos de ella. Y a Vasconcelos se le ha proclamado Maestro por sus ideas sobre la educación de los pueblos.

Esperamos, pues, que la Juventud comprenda sus destinos; y si algunas mentes se sienten cautivadas por la ronda cavilosa y macabra de los sepultureros de Hamlet, de la tragedia shakespereana, como símbolo de irredención y de ruina, allí está la figura simbólica del fiero sembrador sobre la pampa ilímite, que hace roer la roca aridecida al niño que oprime con violencia, refrescando el polvo estéril con sus lágrimas, de la bella parábola de Rodó.

GABRIEL TURBAY.

A lo que toca añadir:

**VASCONCELOS Y EL SINDICATO CENTRAL OBRERO**

Proposición aprobada por este Sindicato en su sesión del 19 de mayo de 1923:

«El Sindicato Central Obrero de Colombia envía su más efusivo saludo de felicitación a la Asamblea de Estudiantes de Bogotá por la acertada designación del Licenciado don

José Vasconcelos para Maestro de la Juventud, por ser Vasconcelos hombre de miras altamente humanitarias, que desde el puesto de Secretario de Instrucción Pública de México ha sabido elevar a las clases trabajadoras, dándoles toda clase de apoyo, de modo que aquel país es ejemplo de adelanto y progreso del proletariado.

Transcríbase a la prensa y al Licenciado Vasconcelos por conducto del Ministro de México».

El Secretario.  
ROSO A. PÁEZ

¡Cómo place que en Colombia ya anden juntos los estudiantes y los obreros en la común admiración! ¡Así es como crecen las naciones!

Felicitemos cordialmente a nuestro amigo Vasconcelos. No hay caso, el que siembra cosecha, el hombre sincero y valeroso se abre al fin camino, contra viento y marea.

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

**EDICIONES del "Repertorio Americano"**

<i>Un capítulo de Sismondi</i> .....	0.15	070 am.
<i>Orientación Ideológica</i> . Por Luis López de Mesa.....	0.15	» »
<i>Colegio de Cartago</i> . Por Ricardo Jiménez.....	0.15	» »
<i>Pasteur y Metchnikoff</i> . Por C. Picado T.....	0.40	» »
<i>El Misticismo como instrumento de investigación de la Verdad</i> . Por R. Brenes Mesén.....	0.15	» »
<i>Discursos</i> . Por Mariano Aramburo y Machado. Con prólogo de José María Chacón y Calvo.....	0.15	» »
<i>Reconocimiento</i> . Por Rogelio Sotela.....	0.30	» »
<i>La personalidad literaria de Ventura García Calderón</i> . Por Napoleón Pacheco.....	0.25	» »
José Ignacio Escobar: <i>Escritos</i> . Con prólogo del Dr. Diego Mendoza.....	0.15	» »
<i>Poetas Norteamericanos: Walt Whitman</i> . Por A. Torres Rioseco.....	0.40	» »
<i>Cesarismo Teocrático</i> . Por Cornelio Hispano.....	0.20	» »
<i>Para los gorriones</i> . Por Rubén Coto.....	0.40	» »
<i>La fuente sonora</i> . Por Ciana Valdés Roig.....	0.20	» »
<i>Ensayos sentimentales</i> . Por José M <sup>o</sup> Chacón y Calvo.....	0.40	» »